

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

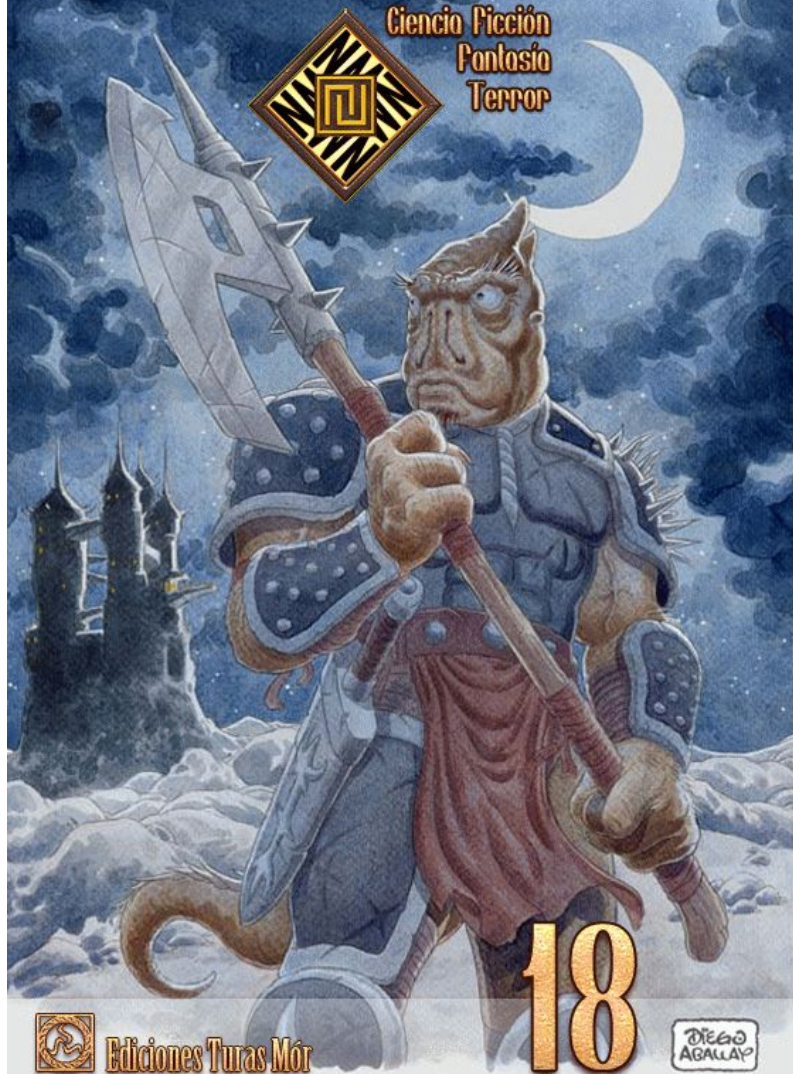
<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,

171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



Contenido

Editorial	3
<i>Las armas largas</i> (CLAUDIO BIONDINO)	5
<i>¿Tienes un "piti"?</i> (LAURA LÓPEZ ALFRANCA)	13
<i>La silenciosa venganza</i> (SILVANA RIMABAU)	22
<i>El honor que se merece</i> (CARLOS MORALES)	26
<i>Por el valor de una moneda</i> (SERGIO GAUT VEL HARTMAN)	34
<i>La Pulpería de las Luces</i> (JUAN GUINOT)	52

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
http://faneditor.hi5.com

Maquetación y arte de tapa: **BARBARA DIN**

Publicación trimestral de distribución gratuita sin fines de lucro,
de **Ediciones Turas Mór para e-ditores**,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

ESN 10100975346222

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
GABRIELA VILLANO, FEDERICO WITT, ALEXIS BRITO DELGADO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Noche", de DIEGO ABALLAY
(http://elchuecoaballay.blogspot.com/)

—Le agradezco. Pero no hay apuro. Estoy pensando en mudarme de sitio. Tal vez más allá de Luján, al costado de un río cristalino, con chanchitos, gallinas; vio, esta ciudad se pone cada vez más ruidosa. Necesito cambiar el aire. Además, a los años hay que avanzarlos, ganarle en la carrera y no dejar que ellos le pasen.

—Claro, siempre es bueno cambiar. Pero no se me vaya lejos.

—No se preocupe por eso; siempre lo tendremos presente.

No me gusta como habla, pero no me animo a preguntar más. No por miedo a que se enojen, sino por miedo a que me siga contando. No quiero enterarme de algo que no pueda soportar...

—Domingo, vaya; en el Cabildo lo esperan. Nunca me iré de esta tierra. Y no se preocupe; usted o, como decirlo, una partecita de usted, de su árbol genealógico, que no está seco como el mío, se encontrará con nosotros. Lo leyó en una areola el amigo Laisecca. No se me ponga mal. Siempre acompañaremos su descendencia.

Recojo mi sombrero, me cruzo el morral con las botellas vacías y le es-

trecho la mano al Pulpero. La nariz destella puntitos púrpuras, arriba de la sonrisa. Suelto la mano de su agarre y alíneo mi capa, mientras repaso con la mirada la Pulpería, como lo hago cada vez que me voy, como si fuera la última mirada que le echo. Los feligreses están en sus cosas; nadie me regala un gesto de atención.

Me aferro al picaporte, abro la puerta y la lluvia perenne rocía mi rostro. Avanzo sobre el lodazal, esquivo los perros y la emprendo contra la lluvia. En pocos pasos más estaré seco y en la Plaza, a las puertas del Cabildo, con el trabajo hecho y el pueblo con la boca llena de esto nuevo para contar. No voy a darme vuelta; algo me dice que a mis espaldas, detrás de esta cortina de lluvia, jamás volveré a ver la Pulpería. Sólo debo ir a la Plaza, sumarme a la historia, esa historia de este punto del planeta que, en el tiempo y allá lejos (donde ya no esté), se reencontrará una y otra vez con la Pulpería de las Luces.

© JUAN GUINOT, 2010.

JUAN GUINOT

(Argentina —Mercedes, Buenos Aires, 1969—)

Licenciado en Administración, psicólogo social, MBA y escritor. Desde 2004 asiste al taller del escritor ALBERTO LAISECA. Recibió distinciones literarias de la Fundación Lebensohn 2006 (BA), 2° Premio Amadis de Gaula 2007 (España), Revista *miNatura* 2008 (Cuba-España) y Cuentos por Deportes 2 (Rosario, Argentina). Su poesía "A Guarda" forma parte del libro *Do Atlántico a O Miño - Vista Parcial*, del artista español MODESTO VÁZQUEZ PRADA (Vigo, Galicia). El primer capítulo de su novela inédita *2018 - La Guerra del Gallo* fue seleccionada por la *Revista No Retornable* para integrar un *dossier* de ficciones sobre la Guerra de Malvinas. Participó en antologías brasileñas y argentinas. Publicó en *Axxón*, *Próxima*, *Casquivana*, *Gatillo*, *En Otro Cielo*, *La Sombra*, *Siamesa* (Argentina), *NCG3660*, *El Portal de Ciencia Ficción* y *eñe* (España). Forma parte del colectivo cultural La Compañía (Editorial Pulpa). Su ciberbitácora está en <http://juanguinot.blogspot.com>.

juegos de naipes atraviesan el aire. El Pulpero se aparta de la mesa y retorna al mostrador con el gran libro ya cerrado. Los dos escritores vuelven al asunto de tomarse la cerveza.

—Domingo, ¿qué le pareció? —me pregunta el Pulpero.

—Impresionante. No sé, suena tan lindo; hasta parece que sucedió de verdad.

—Es que aquí hay talento. —Señala a los dos escritores, metidos en sus temas del beber.

—Sí, no caben dudas. Pero lo de hoy, créame, es distinto; no sé. Es como si realmente todo eso hubiese sucedido... Sólo tendría una observación, no sé si me lo permite... —El escritor más grande golpea el traste del vaso contra la mesa, suspira con fastidio, apoya las manos sobre la mesa, se pone de pie y su sombra me baña. La tensión vuelve a cercarme y mi imprudencia, mi estúpida imprudencia, me parece que me va a llevar a una sentadita en la silla roja, la maldita.

—Tranquilo, amigos, escúchenmos a Don Domingo; la crítica siempre es bienvenida. Eso sí, el crítico es el único responsable de sus palabras. —El Pulpero mira al alto y la sombra se aparta de mi cuerpo.

—Sólo quería saber dos cosas. La primera es por qué dicen que durante la Revolución de Mayo llovía y que la Plaza de la Victoria estaba llena de paraguas, con estos días diáfanos...

—Es una licencia literaria, señor Domingo —habla el escritor alto con suficiencia y mordiéndose espumas de cerveza—. Un homenaje a nuestra Pulpería, a esta lluvia que nos acompaña eternamente. Cuando esta Pulpería se haya ido, estará nuestro sello en la historia. Espero haber contestado a la altura de su requerimiento, señor.

—Domingo, cuál es la segunda pregunta. —Al Pulpero no se le escapa nada.

—Sí... Por qué dicen eso de las escarapelas celestes y blancas cuando los retazos pegados a las ropas de quienes están en la Plaza (para saber a quién no hay que pasar a degüello) son blancos.

—Eso es un trabajito a futuro para uno que será general y que hoy escribe en un periódico sobre lo que a usted tanto le gusta: comercio. Pero, qué le voy a explicar, ¿sabe una cosa? Es muy buena la cerveza que nos trae; usted es un genio. —Carga el vaso y lo levanta a mi salud, antes de beberlo. La tensión de la Pulpería se ha apartado de mí; ahora sí creo que la Pulpería ha decidido dejarme salir.

—Domingo, vamos, vaya con los suyos. Ni bien pise las calles de Buenos Aires, verá como todo será distinto. Nosotros debemos seguir con nuestras cosas; tenemos siglos de trabajo.

—Sí, claro, el trabajo esclaviza; uno lo lleva toda la vida.

—Por la eternidad, Domingo... Permítame que le invite una última copa. Usted es un caso, amigo, pero acá le hemos tomado cariño. Lo vamos a echar de menos.

El aguardiente se me quedó en la garganta. —¿Qué quiere decir con eso?

—Nada, nada; usted vaya. En cualquier momento leo lo de Liniers para asegurar la versión que falta y esos del Cabildo no podrán reclamarle nada, por el momento. Ándese con cuidado; vamos a ayudarlo lo más que podamos, pero se vienen tiempos difíciles.

—Intentaré pasar mañana, o tal vez pasado, con las botellas que me pidió.

Según algunas teorías, los fragmentos del tiempo que los humanos percibimos como pasado y fugaz presente perduran de modo indeleble en una suerte de eternidad que nos resulta inaprehensible.

En el pensamiento taoísta, eso es parte de un Todo que sólo se puede contemplar cuando se alcanza la inmortalidad o el máximo grado de auto-superación.

Más allá de que ello determinaría que en cada uno de nuestros actos generamos las propias escenas de un Cielo o de un Infierno personal, lo cierto es que la benévola protección de una efímera existencia también nos resulta contraproducente.

Como animales humanos, en términos generales nuestros organismos demandan unas ocho horas de descanso diarias. Consumimos otro tanto en lo que socialmente se llaman "actos productivos" (por lo común, meras tareas de supervivencia) y apenas nos queda un lapso similar para otras actividades, entre las que se encuentra lo poco que realmente puede ser considerado *vivir*, como escribir para una revista, crearla o leerla.

De hecho, cuando se lanzó la propuesta de Recreación Bicentennial, los plazos estaban demasiado cerca de las Fiestas Mayas como para pensar que se pudiera llegar a pretender una masiva afluencia de colaboradores. La temática era muy acotada y el desafío era muy grande.

El tiempo, en suma, es demasiado escaso —en cualquier orden— para todas las cosas que queremos hacer; se acaba pronto en aquellas que podemos hacer y es muy mezquino para las que nos dejan hacer.

Aun así, tenemos la satisfacción de poder presentar en el último número de este año dos aportes que cumplieron con la consigna, y tampoco podemos dejar de reconocer la voluntad de muchos interesados en una historia que cuadrara con la propuesta, pero que no llegaron a cumplir con los plazos.

Por cierto, a estos últimos les recordamos que los siguientes números de **NM** siguen abiertos a sus colaboraciones.

El tiempo, como venimos diciendo, siempre nos resulta poco, pero pensamos seguir aprovechándolo para plasmar en esta publicación la imaginación de esos autores que permiten que un héroe del futuro se encuentre con uno del pasado, para que lo disfrute un lector del presente. Después de todo, "para nosotros, qué es el tiempo", como dice RODOLFO FOGWILL (1941-2010) en un cuento pensado para homenajearlo en vida, cosa que lamentablemente no pudo ser.

Aunque, quién sabe, acaso esté disfrutando del honor —junto con tantos otros— en una inadvertida pulpería de campaña.

S.O.



—Yo apoyo el traste en cualquier silla, pero en ésa no me sientan ni borracho. —Laiseca señala con el dedo índice la silla roja que está en un rincón de la Pulpería. Los parroquianos encienden sonrisas socarronas y vuelven a sus menesteres con los naipes.

Me quedo mirando la silla, la silla maldita. El Pulpero me contó, la primera vez que pisé este sitio, que él "sugiere" que nadie se siente en esa silla porque arrastra una maldición. No recuerda bien cómo fue que apareció dentro de la Pulpería, pero tiene muy claro que quien la desafió la pasó muy mal. En un cuaderno de hojas amarillas lleva anotadas las desventuras de los imprudentes. Una tarde leí tan sólo cinco páginas de ese cuaderno con los registros desgraciados y me fue suficiente. Cada vez que paso cerca de la silla maldita, me tiemblan las piernas.

—Nadie lo obligará a sentarse ahí, no se preocupe. Aunque sabe cuál es mi filosofía: sólo advierto; la decisión es de cada uno.

Lo miro a los ojos y ahogo mis palabras con aguardiente. El humo del tabaco se espesa. El Pulpero saca un trapo y repasa el mostrador. Luego me acerca un plato con pedacitos de queso y pan. Desgarro la hogaza y las migas salen del plato. Voy a corregir el desbarajuste, pero el Pulpero se me adelanta; vuelve a pasar el trapo, acumula las migas, las arrastra para su lado y las tira desde el abismo del mostrador.

—No se preocupe, acá no sobra nada; tenemos unos amiguitos de cola larga y hocico bigotudo a los que preferimos mantener a sobras, para que no se metan con los sacos del depósito. Domingo, tómese otro trago, tenga un poco de paciencia; mí-

relos, ya están los dos escritores metidos en su trabajo.

Acepto el trago, llevo un queso con pan a la boca y giro sobre mi lado derecho para buscar, entre la cortina de humo, a los dos escritores. De gesto serio están atentos al libro. El que empieza a escribir es el más alto. La mano baila danza de tinta sobre el papel de ese cuaderno tan grande como la mesa. El otro le está encima; en cualquier momento entra en acción. Los parroquianos ya no juegan a las cartas. Fuman y beben. Tampoco suena los acordes de las cuerdas; éste no es momento para guitarrear. De un sorbo, trago mi aguardiente. Ya está sobre el cuaderno el segundo escritor. El Pulpero, inmutable, no quita la vista a los escribientes. Nadie se mueve. La medida del tiempo es el pulso de esas manos que escriben. Está por pasar algo muy fuerte; se está gestando la historia. El escritor de más baja estatura levanta la pluma. El Pulpero avanza decidido. Llega al final del mostrador; se mete entre las mesas. Las hebras de humo se cristalizan; hay silencio absoluto. Los dos escritores se apartan de la mesa sin levantarse; trazan surquitos en el suelo con las patas de las sillas. El Pulpero queda entre ambos, reclina el torso y la música nasal de su voz comienza a leer la historia de la Revolución del Veinticinco de Mayo del año Mil Ochocientos Diez. Termina la lectura y los perros, apostados afuera, debajo del palenque, comienzan con el ladrado coral; a los diez segundos callan. El Pulpero se separa de la mesa, el libro y los escritores; reincorpora el torso. Las hebras de humo antes cristalizadas se fragmentan; en névea forma caen al suelo. El murmullo vuelve a la Pulpería. También el guitarreo. Los lances de los

Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 3.2. La revista se armó con Scribus 1.3.7. Los archivos PDF se generaron y editaron con JPdfTweak 0.9.5, JPdfBokmarks 2.4.3 y PDF-XChange Viewer 2.0.

illos. Son unos loros; repiten lo mismo y, como los puse ahí, me piden que les cuente la historia. Amigo, qué le voy a explicar. Usted ya sabe. Éste es nuestro acuerdo.

—Tranquilo. Ellos lo escribirán todo.

—*Si la historia la escriben los que ganan eso quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia, quien quiera oír que oíigaaa...* —canta el más bajito de los dos competidores de taba. El guitarrero para abruptamente la fallida ejecución del minué montonero. El lector de areolas, el más alto, mira al cantor desde arriba y profundiza un hoyuelo en cada moflete rosado de la cara. Debajo de los bigotes relamidos dibuja una sonrisa, palmea al paisano y espeta:

—Fogwill, permítame que le diga algo, usted cada día canta mejor. A su salud. —Vuelve a tapar la boca con un vaso de cerveza y el guitarrero retoma con los ensayos sobre las cuerdas—. Vamos, cuénteles a Domingo de dónde sacó eso que anda cantando.

—Lo canta el otro que está allá afuera, debajo del ombú-baño. No se anima a entrar; dice que ni bien tenga la composición musical de su vida entrará a la Pulpería para cantarla y pasar a la gloria eterna. Lleva más de una década con la misma cantilena y, de tanto escucharlo mientras jugamos a las tabas se me pegó la canción. Además, Laiseca le dijo que leyó en una areola india que, si aguantaba sentado en el baño ciento cincuenta años más, un día le llegarán en boca y dedos de otro los acordes y la letra de esa canción que se hará suya y lo llevará al estrellato. Es cuestión de tiempo, tal vez, mucho; pero, para nosotros, qué es el tiempo.

—Las ideas no se matan, se plagian; por favor, plágienme —grita Laiseca desde las alturas, con los mofletes sin hoyuelo y los ojos inyectados en sangre.

—Amigo, tranquilo, no se me ponga mal. A falta de areolas godas, buena es una cerveza germana. —El Pulpero le acerca una botella. El murmullo cubre todos los silencios y me pierdo en unas telas de arañas que cuelgan de los estantes. La confección arácnida también cubre botellas, frascos.

—Vio qué bonito trabajo hacen. —El Pulpero ha regresado—. Ellas tejen y tejen Y esperan y esperan. Siempre hay una víctima, siempre tienen dónde comer. Ellas nos acompañan. Estuvieron antes, están ahora, lo estarán después. De acá nos iremos todos juntos. Soy el último pulpero; ésta es la última pulpería. —Y con lo que dice me cambia el humor; no me gusta que hable así—. Tiene razón, no tiene por qué escucharme; usted no está preparado para ciertas cosas... Mejor, vamos a lo nuestro, tenemos mucho trabajo y le recuerdo: en el cuaderno está escrito lo de Liniers; usted me dice cuándo debo leerlo en voz alta. ¡Ah! Además, estamos trabajando esa idea sobre Don Cornelio Saavedra. —Un movimiento de la mano del más bajo de los dos escritores, el que recién cantó, me distrae; con la mano derecha hace los cuernos y me despacha una sonrisa lúbrica. El Pulpero sale al cruce—. Bien, es uno de los disparadores que maneja Fogwill para Saavedra; después lo conversamos bien. Laiseca dice que todavía no es momento de tocar a Saavedra, pero ya sabe como son estos amigos; ni bien pongan el culo en la silla les sale una historia impresionante y ya nadie dejará de repetirla.

LAS ARMAS LARGAS

Regrecación
bicenaria

CLAUDIO BIONDINO

—Y ahora, basta de hablar de mí —dijo el viejo—. Les voy a contar la historia del Miliciano tal como fue, y no como la han torcido y retorcido los años y la ignorancia.

Cada vez que había una pausa en el relato, el silencio caía con fuerza sobre los guerrilleros que rodeaban el fogón. La mayoría eran muy jóvenes, nacidos poco después del comienzo de la revolución, y no habían llegado a conocer al Miliciano. Aunque no comprendían del todo lo que escuchaban, el magnetismo del viejo los mantenía atrapados.

—El Miliciano nos legó algo mucho más importante que las enseñanzas militares —continuó el viejo—. Nos mostró el valor del esfuerzo colectivo. Ése es el verdadero sustento de la revolución; no los héroes que andan de a uno. ¿Y cómo se lo pagan hoy en día? Convirtiéndolo en un héroe. Poniendo su imagen en una bandera, para que algún poderoso la haga flamear en su propio beneficio.

El viejo se levantó y sacó una libreta arrugada que tenía en el bolsillo del pantalón. A pesar de la noche cerrada en el monte chaqueño, y de la

escasa luz que venía del fogón, los guerrilleros tenían la vista fija en el tesoro que se aparecía ante ellos: una reliquia del Miliciano, nada menos que en manos de Anselmo Acuña, el hombre que lo había acompañado en su largo exilio voluntario. No era algo que se viera todos los días.

—Éstas son las memorias del Miliciano —dijo el viejo—. Durante el último año, desde que volví de las selvas del norte, no he hecho más que viajar por los campamentos de los Territorios Liberados para contar esta historia. La llevo hasta los oídos de los jóvenes valientes, como ustedes. El Miliciano me encomendó esta tarea antes de morir. La parte más confusa y menos conocida de sus recuerdos tiene que llegar a todos, para que no sea malinterpretada. Para que no la use algún inescrupuloso. Si no queda más remedio que imaginarlo como un héroe, entonces que sus memorias sirvan para que sea el último, el héroe que termine con todos los héroes.

El viejo paseó la mirada por los ojos abiertos como platos; las caras

fascinadas de los chicos que iban a jugarse la vida a la salida del sol. Después volvió a sentarse entre ellos y les contó la historia desde el principio.

"Para cualquier joven cadete de la Academia Miliciana, muy pronto se hacía evidente que el ascenso en el escalafón era una ruta de escape hacia la riqueza y el poder, lejos de la muerte en batalla. Una vez que nuestros padres nos entregaban a la Institución, no había vuelta atrás; la única huida posible era hacia adelante. Pero yo no podía conciliar esta situación con las lecturas de las clases de historia. Allí se hablaba de una nación, llamada Argentina, que supuestamente seguía existiendo —en el espíritu de su Ser Nacional—, por cuya independencia los Próceres Sagrados habían dado todo, incluso la vida.

"*Y los libros del mundo responden, al gran pueblo argentino, salud, rezaba el himno de la hipotética nación. Pero su bandera celeste y blanca estaba ahora formalmente subordinada a otra, de franjas y estrellas, que apoyaba con armas y suministros la libertad de las grandes ciudades frente a las guerrillas rurales. Lo que no podía comprender era cómo distinguir la libertad de la opresión. Los libros decían que los Próceres Sagrados lucharon por la independencia, y que en eso radicaba la esencia de la libertad. Seamos libres, y los demás no importa nada, leí una vez. Pero, si no había independencia, ¿en qué consistía la libertad? Por supuesto, no se podía preguntar a un superior semejante cosa. La respuesta más leve consistiría en treinta días de confinamiento. Uno debía reconciliar los libros con la realidad como mejor pudiera, y tragarse las dudas. La for-*

ma más común de hacerlo era pensar que un Estado Libre Asociado a USA era, como su nombre lo indica, un Estado libre. Pero a mí esta idea nunca me convenció.

"También había leído muchas frases inmortales acerca de la igualdad, compañera inseparable de la libertad, pero nada de lo que veía en mi mundo se parecía, ni remotamente, a una sociedad igualitaria. Los soldados de la leva, forzados a servir bajo nuestro mando, no tenían ninguna opción, ya que para ellos no había escalafón que les diera una esperanza de escapar a la línea de fuego. Tarde o temprano morirían en batalla, o volverían mutilados a la ciudad, pasando a depender de la buena voluntad de sus familias o sus amigos. Me preguntaba si nadie más pensaba en estas cosas y no podía creer que así fuera. Pero mis compañeros se veían tan convencidos, que en los últimos días de la Academia llegué a pensar que mi mente era la de un inadaptado criminal.

"Finalmente, y a pesar de mis dudas, llegó el día en que tuve que marchar al frente, como teniente de las Milicias de Buenos Aires. Me abrumaba la responsabilidad por los soldados bajo mi mando, pero debía mantener la calma. Si perdía el control en acción, podría ser el final para ellos y para mí. La primera misión de mi grupo era liberar una franja del litoral fluvial, ocupada por guerrilleros que se habían atrincherado en las ruinas de una antigua población llamada Concepción del Uruguay. Parecía un trabajo fácil. La niebla, densa como pocas veces, lo facilitaría aún más, ya que entorpecería las acciones de la guerrilla, mientras que los visores de nuestros cascos nos permitían movernos sin problemas.

der ese manjar a los ricachones de Buenos Aires.

—Usted no da puntada sin hilo. —El Pulpero se ríe y el violeta de la piel de la nariz se le recarga. La tensión me aquieta con ese gesto; suspiro con gusto.

—Bueno, uno hace lo que puede... Disculpe, Laiseca, ¿qué era lo que me quería decir?

—Lo vi; un Domingo vendrá después de usted y con más gente a esa Plaza donde tiene metida a su gente. Ese Domingo lo superará.

—Eso que dice me preocupa.

—Déjese de embromar, amigo. —Laiseca apoya la taba en una mesa y se aferra a una botella de cerveza, se sirve en un vaso, empuña un trago, se saca la espuma de los bigotes con una relamida y me encara—. No tiene de qué preocuparse. Hoy al negocio lo tiene asegurado; esto será dentro de mucho tiempo. Mejor preocúpese de quiénes se rodea.

—¿Lo dice por Saavedra? No podrá hacerme daño con la Legión Infernal que he montado y nuestro pasado de negocios, cuando estuvo a cargo del Depósito de Trigo.

—Escúcheme bien, mejor prepare ropa abrigada; el Sur también existe.

—Bueno, si usted lo dice... Y, disculpe si me paso, pero ¿leyó algo más en esa areola?

—En ésa no.

—Y, ¿en otra?

—Siempre que puedo leo. Pero no vaya a creer que tengo tanto para leer; no abundan los pechos que se dejen leer.

—Bueno, usted sabe, cuando quiera decirme algo, soy todo oídos.

—Pigna, tóquese algo en la guitarra y que no sea siempre lo mismo. —El Pulpero interrumpe mi intercam-

bio con el lector de pechos, el de gran estatura, y el guitarrero ensaya con rabia los acordes del minué monotonero. Le sigue saliendo repetidamente mal.

El Pulpero adelanta el torso sobre el filo del mostrador; me habla en voz baja: —Amigo, usted dirá qué quiere que le escriban. Sólo deles un momento para disfrutar del trago.

—Sí, pero usted escuchó; ahora estoy preocupado por mi futuro.

—Mire, amigo, lo que deba pasar pasará. Uno puede torcer el destino, pero mejor inténtelo otro día. Lo de hoy es algo complejo; lo que metió en la Plaza, ¿los oye? Desde acá se escuchan las campanadas y los disparos de los trabucos. Sabemos a qué vino. Pídale nomás y no pierda este presente por pensar en el futuro.

—Bien. —El pulpero descorcha, carga un chorrito de aguardiente y la bebida dentro de mi copa ha mutado a color púrpura. Debo de andar mal; mejor me lo trago. El Pulpero encorcha el pico de la botella. El vidrio verde me hace ver que el aguardiente dentro de la botella sigue siendo incoloro.

—Lo escucho —me apura.

—Présteme atención, hay que escribir sobre la Revolución, una epopeya del pueblo; entronizar a los cabildantes que andan escondidos dentro del Cabildo y que no se animan a salir al balcón porque le temen al pueblo. Es que el último trabajo que hicimos sobre la horda popular los tiene demasiado enardecidos y se salen de la vaina por degollar a los no identificados con la cintita blanca. Tiene usted razón, hay que sosegarlos; al pasar por la Plaza repetían: "El pueblo quiere saber de qué se trata", y lo hacen afilando las palabras con sus cuchi-

El Pulpero gira a la izquierda y, paralelo al largo mostrador, avanza hasta la puerta que da a los fondos. Difuso por el efecto de la lluvia, nuevamente distingo en el exterior a los dos hombres que juegan a la taba. El Pulpero se queda parado debajo del marco de la puerta, expectante, mientras el más alto de los dos jugadores sacude el brazo derecho, abre la mano y lanza el hueso de vaca por el aire. Se hace un silencio repentino dentro de la Pulpería. El hueso al golpear contra el suelo, suena a plastrón. Los dos jugadores caminan en frágil equilibrio sobre el suelo jabonoso y el más alto grita "culo" y el más bajo insulta al cielo; con la boca cargada de lluvia le endilga a alguien que no veo, metido entre las nubes, que el otro haya ganado en la taba. Reaparece el murmullo a la Pulpería. El Pulpero sigue enmarcado en la puerta; aguarda paciente a que los jugadores le presten atención.

Vuelvo con la mirada al vaso. Todavía no entiendo cómo se habrá enterado de mi nombre. Acá sólo me conocen por el apellido. Tampoco es común que a uno lo llamen por el nombre. Lo más extraño es que, al haberlo escuchado, me resultó ajeno; parecía hablar de otra persona. Domingo, mi nombre. Domingo, es el séptimo día, ése en el que Dios descansó después de todo su trabajo de creación. Tal vez esta Pulpería sea el Edén de hombres hechos con el barro que deja esta lluvia perenne. Pero acá sólo hay adanes; nunca vi pasar una Eva...

—Domingo... —Quien me nombra, ahora, es el que acaba de ganar a la taba, el más alto. Está junto al Pulpero. La cabeza le da contra el marco superior de la puerta y pega el mentón al pecho para pasar sin gol-

pearse; de las alas del sombrero le chorrea agua que se evapora antes de chocar contra el suelo—. ¿Me trajo la cerveza? Mire que si no hay cerveza no hay historia.

Le digo que "sí" con la cabeza. El grandote da un paso e ingresa a la Pulpería. Se le adelanta el Pulpero para recuperar su posición en el mostrador. El grandote, con la taba embarrada y enfundada en su mano derecha, me vuelve a hablar: —Si es así le cuento lo que vi del futuro en las areolas rosadas de una goda. Le va a interesar mucho...

—¿Me viene a mí con un cuento? —Otra vez el silencio abrupto dentro de la Pulpería. Recuerdo otra máxima del comerciante: hablar con economía de palabras y, antes de hacerlo, mensurar el costo y beneficio de lo que se vocifere. Vuelve a cercarme la tensión. El hombre grandote levanta la mano derecha, ésa que trae la taba, y a su izquierda el otro jugador, el más bajo y espeta:

—Sepa usted que Laisecca sabe leer el futuro en las areolas, ese mapa místico que rodea los pezones de los senos pulposos. Lo de este gran hombre es astrología, horóscopos, ver el futuro.

—Disculpe la desconfianza. No es que no le crea a este buen amigo; es que a mí unos negros ya me hicieron una vez el cuento de que leían el futuro en las vísceras de las vacas. Y yo les hacía llevar gratis los carros con tripas desde el matadero y ellos me pasaban predicciones. No acertaron una y eso no fue todo, ¡si usted viera lo que hacían con esas tripas! Las cocían a las brasas; los negros, meta candombe, se comían las tripas crocantes. Ahora los tengo ahí, a tripa, esperando el momento en que me pueda poner un puesto para ven-

"Sin embargo, algo andaba mal en mi equipo de combate. La niebla me parecía tan densa como antes de colocarme el casco. Traté de informar la situación al sargento, pero el canal de audio estallaba en chasquidos de estática. Aún percibía las figuras de los soldados representadas en la micropantalla del visor, pero no podía comunicarme con ellos. Después descubrí que no lograba entender lo que decían mis superiores, y unos minutos más tarde dejé de escucharlos por completo. Avancé a tientas a través de los pastizales y arroyuelos, hasta que dejé de ver los gráficos posicionales del casco. Comprendí que había perdido todo contacto con la comandancia y con mis hombres..."

—Fue entonces cuando sucedió— dijo el viejo. Su mirada se perdió en las llamas del fogón, como si se adentrara en el pasado más antiguo y venerable que un hombre vivo pudiera recordar—. El Miliciano empezó a sentir náuseas, no podía respirar. Se quitó el casco, pero la niebla era más densa y pesada de lo que se había imaginado. Estuvo tentado de usar su cuchillo para abrirse paso a tajos en la blancura.

—Díganos, señor, ¿era real lo que vino con la niebla? —preguntó un guerrillero pelirrojo. Parecía ser el más joven, casi un niño.

—¿Real? ¿Por qué? ¡Acaso lo dudás?

El chico se puso pálido de golpe. —Es que, bueno, yo, señor... Entre los paisanos siempre se dice que el viaje del Miliciano fue real, pero el alto mando...

—Ya sé, ya sé— dijo el viejo—. Un fenómeno así no encaja muy bien con nuestra ideología materialista. Comprendo tu duda. Parece que de nuestro lado tampoco se pueden conciliar

los libros con la realidad. Y digo realidad porque lo era. Al salir de la niebla, el Miliciano ya no estaba en nuestra época, sino en tiempos de la guerra de independencia.

—Pero —lo interrumpió otro guerrillero—, ¿no puede haber sido una alucinación?

—¡Por favor, jóvenes! ¿Qué les pasa? ¿Se volvieron unos viejos incrédulos de golpe? ¿Qué harían si les pasara a ustedes? ¿Se pararían frente a un cañón enemigo y le dirían, sencillamente, que no puede existir? ¡Así sólo conseguirían perder la cabeza, si es que tienen una!

Después de los retos de Acuña, nadie se atrevería a hablar por un rato largo.

—Al principio, como les decía, el Miliciano se sintió desorientado. Cuando la niebla se disipó, estaba en medio de un campo verde y ondulado, surcado de arroyos limpios, libres de ceniza. Respiró el aire más puro que le sería dado saborear en toda su vida. Incluso había zonas boscosas que no figuraban en los mapas. Y, a pesar de toda esa belleza, la guerra no estaba ausente. Vio hombres que corrían de un lado a otro siguiendo órdenes, preparándose para el combate. Pero no podía ser su guerra. Esos hombres usaban ropas extrañas y arreaban rebaños de grandes cuadrúpedos que él jamás había visto. Su reacción inmediata fue esconderse, así que se arrojó a la cuneta de un arroyuelo y cayó encima de un cadáver.

El viejo miró fijamente al guerrillero que había hablado sobre alucinaciones, y continuó: —Sin perder el tiempo en cuestiones filosóficas, se quitó el traje de combate y se puso las ropas del muerto. Todavía no tenía idea de dónde estaba, pero su entrenamiento

lo había condicionado para mimetizarse con el ambiente. Investigó el lugar desde su escondite, y entonces recordó que ya había visto antes esas imágenes, en los dibujos de los libros de historia.

“Aún aturrido por lo que veía, decidí asomarme a ese mundo increíble. Escuché las voces de los hombres, y para mi alivio logré entenderlas. Pero su acento era muy extraño; jamás habría podido imitarlo. Decidí que si me hablaban simularía ser mudo y salí al campo. A partir de trozos de conversaciones oídas al pasar logré captar los datos esenciales de la situación: 1811, Concepción del Uruguay, barcas cañoneras españolas. Por extraño que pueda parecerle al lector de estas memorias, en mi mente no hubo lugar para la duda: estaba en la guerra de independencia. Las dudas vendrían más tarde, con el *shock* del regreso a mi mundo. Pero, en ese momento, mis sentidos y mis conocimientos de historia me parecían evidencia suficiente para comprender lo que veía. Estaba en medio de los preparativos de las fuerzas patriotas para cruzar el río Uruguay y reanudar el sitio de Montevideo, el bastión realista, que se habían visto obligadas a abandonar el año anterior. Por lo tanto, de un momento a otro, debía llegar a Concepción el general Belgrano.

“Al pensar en la posibilidad de ver al Prócer me enorgullecí. Tal vez llegara a combatir bajo las órdenes de uno de los héroes más grandes de la historia. No lograba imaginarlo como un hombre común, ni siquiera como un líder carismático; lo veía como un santo, o un semidiós de bronce. En la Academia, los Próceres eran las Autoridades Morales que regían el código miliciano a través de sus máximas y

del sentido vital encarnado en sus actos. Me inundó una felicidad desbordante: en esta guerra no podía dudar sobre la justicia de la causa que defendería.

“Cuando me acerqué al poblado, me detuvo una partida de milicianos para averiguar mi identidad. Estaban buscando espías realistas y, obviamente, ninguno de ellos me reconocía. Revisé las ropas que había tomado. Recordé que, en aquella época, sólo había dos clases de hombres para la justicia: los que tenían la papeleta de conchabo que certificaba su estatus de trabajadores en alguna estancia, y los que no la tenían. Estos últimos sólo podían ser considerados vagabundos, desertores o espías; malhechores, en cualquier caso. Por suerte, el muerto tenía una papeleta de una estancia de Nogoyá. Debía de haber llegado hasta Concepción para sumarse a las milicias del río Uruguay. El jefe de la partida creyó en los gestos que hice para indicar que era mudo, y me envió a enlistarme con las milicias de Concepción. A lo lejos, mientras me alojaba en una hacinada casilla de adobe, presencié la llegada del general Belgrano...”

En ese momento, el viejo hizo otra pausa; los ojos enrojecidos, la espalda encorvada. Su mala salud era conocida y los guerrilleros esperaron en silencio.

—Imaginen los sentimientos del Miliciano —dijo de pronto, con voz quebrada. Apretó con fuerza la libreta de las memorias—. El semidiós de bronce no era alto ni fornido. No tenía aspecto de militar, lo cual era lógico ya que la guerra lo había sacado de sus trabajos intelectuales. Volvió de una campaña larga y fallida en el Paraguay, y se le notaba el terrible

a los perros del palenque. —La sorna de otro (prendido a tres cartas y un vaso de vino del primero) deriva el cauce de la tensión hacia el guitarrero.

Una réplica de risas socarronas sacude las paredes de lodo y paja. La Pulpería de las Luces ya había dejado que la vea y, ahora, realmente siento que me ha dejado entrar. Vuelvo sobre el Pulpero.

—Acá tiene la orden. —Quito del morral las cuatro botellas de cerveza germana, dos de sidra asturiana y tres de vino de Borgoña. El Pulpero me entrega las botellas vacías y las meto dentro del morral. También, entre sus dedos, vienen los pesos fuertes. Los tomo y guardo en un bolsillo interior de mi capa. Deslizo la copa vacía hacia el Pulpero y éste echa dentro un chorrito espirituoso. Encorcha la botella y sigue con la mirada el viaje de la copa a mis labios. El iris de los ojos apunta a mi tráquea. La mirada inquieta traspasa mi piel y sigue el curso del aguardiente. Mira mi estómago; no hablamos y el silencio se prolonga.

El Pulpero es un caso especial; dice ser el último de su prole, la punta levemente reverdecida de un árbol genealógico seco. El Pulpero dice que, cuando muera, todo se irá con él: la Pulpería, los feligreses, los perros sarnosos y esa nube de lluvia perenne. También se irán las historias que me escriben los feligreses y ese efecto sobre los pueblerinos que produce cuando él las lee en voz alta y los perros ladran. Muchas veces pienso en qué será de mi vida el día que esta Pulpería ya no exista. Y, de tan sólo pensarlo, me angustio mucho, se me hace un nudo en las tripas. Es raro. De acá saco favores, negocios, pero me he encariñado. La relación que mantenemos es de mutua convenien-

cia. Ellos escriben las historias que les pido y eso reedita a los escritores con el mejor licor, vino y cerveza de Europa a precio de París o Madrid. Es como estar allá, en la bella Europa.

—Se la regalo. —El Pulpero sale al cruce de mis pensamientos—. Europa es un montón de trapos sueltos sometida a la eterna espera del héroe de la aguja e hilo que pueda unir aquello que las lenguas separan. No, amigo, yo prefiero estar acá, en mi Pulpería, con la lluvia, el guitarrero, los criollos metidos en las cartas y en el juego de la taba. —El Pulpero señala a dos que, bajo la lluvia, están en los fondos de la Pulpería meta revolear un hueso—. De Europa sólo queremos los placeres del beber; para eso está usted, Don Domingo.

Lo miro sorprendido. ¿Cómo supo lo de mi nombre?

—No se preocupe; acá sabemos todo. Nosotros quisimos tenerlo, lo necesitamos; en realidad, nos necesitamos.

—Sí... Hablando de eso, aparte del alcohol, ¿va a querer algo más?

—No, nada de ropa y mucho menos de velas. Ésas se las dejo para los vendedores ambulantes que las comercian con los cristianos para los milagros dentro de la Iglesia de Santo Domingo. Los sacerdotes no dejan que las enciendan “para no tiznar la cúpula” y por las noches se las venden a usted a la quinta parte del valor para que las revenda a esos vendedores ambulantes que luego revenden a los cristianos. Lo sabemos, no me ponga esa cara; estábamos antes de que usted llegue y, al irnos... Bien, mejor no hablemos de eso. Voy por los escritores; andan afuera revoleando la taba y con el pico seco.

con otra pregunta: ¿Qué camino no conoce este comerciante?

Ser comerciante es ser de una raza como los hay aquí: negros, cholos, criollos, marranos, chapetos, maturrangos y godos. Yo soy comerciante de pura estirpe y esta raza, que honro a cada paso, me permite estar en todos lados. Además, para recorrer esta ciudad portuaria (que no para de extenderse sobre tolderías, corrales y ríos), hay que caminarla y mucho. Para ser comerciante se requiere buen cuerpo, talante y dominar esos pases de magia que provocan que la gente a usted le compre sin hacer el esfuerzo de la venta. Y, al final de cuentas, por ser comerciante, usted termina siendo indispensable para uno y para el otro. Y el precio que se logra no siempre viene en monedas de oro, pesos fuertes, libras o mercancía. No, el tesoro es otro. Bien lo sabía Sobremon-te. Porque el cofre que enterré en el cauce de un arroyo cerca de la Guardia de Luján no eran pesos fuertes. No, ese arcón con el millón de pesos fuertes se lo entregó a los ingleses. Lo que enterré era un cofre repleto de información de cada uno de los se mueven dentro del Virreinato del Río de la Plata.

Ése es el verdadero tesoro, la información, y el comerciante debe saber encontrarla y producirla.

Ser comerciante en estas tierras lejanas hace que uno no sólo trafique bienes sino también favores, muchos favores, y que termine echando una mano sin quitarla hasta que no se la cargue con la compensación acorde.

Me sorprende un aguacero, el suelo cenagoso. Franqueo la línea de los perros. Como son todos iguales, nunca acierto en saber si son ocho, doce o quince. Hoy están ovillados, uno pe-

gado al otro, sobre el suelo encharcado; parecen una alfombra marrón con manchones jugosos de carne viva. Asido al picaporte mojado y frío, empujo la puerta. Los acordes del guitarrero, el humo del tabaco, los murmullos amalgamados, la mirada y la nariz violácea del Pulpero me abordan. El piso de tierra absorbe los restos de lluvia prendados a la suela y destellan las hebillas de mis zapatos. Al segundo paso, ya estoy seco de pies a cabeza.

El Pulpero, del otro lado del mostrador, me espera con las botellas vacías y la paga de la reposición, una copita de aguardiente y los oídos abiertos para recibir mi solicitud de escritura del día. Me le arrimo decidido, enganzo la copa con mis dedos, la empuño y llevo a mis labios. El aguardiente lubrica mi garganta.

—Pigna, puede dejar de guitarrrear. Hace una semana que intenta sacar un minué montonero. El amigo tiene algo para decir. Nos lo dice y, después, usted sigue con su guitarrreo.

Apuro mi trago, despego el cristal de mi boca y hago sonar mis cuerdas vocales.

—No me molesta que el guitarrero siga; ya sabemos de qué van sus rasguídos. —Opto por ganar algo de tiempo, por dejar diluir la atmósfera espesa, salir del punto de confluencia de la tensión; uno nunca sabe quién tiene un facón debajo del poncho con ganas de salir a pasear sobre la piel del primer cristiano que se le cruce.

—Pigna, tóquese un valsecito criollo —ordena el vozarrón de trueno de un parroquiano y logro el objetivo.

—Tenga mucho cuidado que si rasguña un gato le abrimos la puerta

cansancio que traía en el cuerpo y en el ánimo. El uniforme, rasgado y descosido, ya no era azul sino gris tierra. El Miliciano pensó que se trataba de un impostor; ése no podía ser el Prócer.

—Así que estaba decepcionado —dijo tímidamente un guerrillero con marcas de viruela.

—Sí, al principio lo estaba. Hasta que oyó el contenido de una carta que Belgrano le dictó a su amanuense. Ése fue el primer momento decisivo en la conversión del Miliciano. Belgrano escribía a los patriotas en la retaguardia. Les pidió armas y una especie de lanzas llamadas tacuaras, pero les indicó que tenían que ser más largas de lo habitual. El general sabía que Concepción iba a ser atacada por las barcas cañoneras. Si no ganaban ese combate, no podrían abrir una brecha para cruzar el río.

—¿Iban a usar tacuaras contra los cañones? —preguntó el chico pelirrojo. Tenía el rostro más pecoso que el viejo hubiera visto en su vida.

—¡Por supuesto que no, hijo, no seas tonto! Belgrano sabía que no podía contar, por el momento, con las milicias del río Uruguay. No estaban preparadas. Si las enviaba al frente iban a ser, literalmente, carne de cañón. Por supuesto, podrían haberle dado tiempo para acercarse con los veteranos, pero habría sido como mandarlos al matadero. Y eso es lo que habría hecho casi cualquier otro militar que hubiera estado en el lugar de Belgrano. Pero aquel hombre no era así. Lo que hizo fue calcular el alcance de los cañones españoles y colocar a los paisanos inexpertos fuera de la zona de peligro, escondidos detrás de los arbustos y las casas de la villa. Con varias armas largas en las manos de cada hombre, y mucho

griterío, los españoles pensarían que el ejército era mayor. Dudarían en el momento de maniobrar, y los veteranos podrían sacar partido de la situación.

“Cuando las cañoneras se acercaron, recibimos la orden de alzar las tacuaras lo más alto posible, y gritar insultos contra el enemigo. Los veteranos cargaron contra las barcas con gritos aún más fuertes que los nuestros. Había algo en ellos que me llamó la atención. Esos hombres no peleaban por profesionalismo, ni por principios huecos, sino por algo desconocido para mí; era una lucha por sus familias, por su pedazo de tierra, por sus vecinos y amigos. Recuerdo que en ese momento pensé que así debían de ser los guerrilleros que yo combatía en mi propio tiempo.

“Pero lo que más me impresionó fue ver que el general Belgrano participaba de la carga. El oficial de mayor rango en aquel combate nos protegía a nosotros —sus paisanos, como decía él—, y exponía en cambio su propia vida. En ese momento volvieron a mí las ideas del mármol y el bronce; la figura del héroe. Muchas de las máximas y discursos que estudiábamos en la Academia adquirieron otro sentido en mi mente. Y no favorecían precisamente a mis superiores, que jamás se acercarían a un campo de batalla.

“Años más tarde, tras haber leído muchos libros que en la Academia estaban prohibidos, tras haber podido reflexionar largamente sobre estos hechos, comprendí que la idea del héroe individual es un contrasentido. La virtud principal de Belgrano no estaba en la valentía personal de aquella carga de caballería, sino en su fusión con el todo. Belgrano no era igual a sus sol-

dados, por supuesto. Era su jefe militar y pertenecía a un estamento social completamente distinto; en aquella época aún era impensable eliminar esas diferencias en la práctica. Pero formaba parte, junto a ellos, de algo mayor; algo que los englobaba a todos. Los buscadores de poder, en cambio, intrigaban en Buenos Aires para quedarse con los despojos de la guerra, y con el tiempo convirtieron al líder en un Prócer: un héroe cuya imagen podían utilizar para fines personales.

"Pero estas ideas sólo llegaron a formarse, como decía, años después. En aquel momento, al ver al general cargando contra el enemigo, no pude contenerme. Salí del escondite y me lancé, tacuara en mano, hacia las barcas cañoneras. La niebla no me permitía distinguir claramente lo que ocurría en la ribera, y el estruendo no ayudaba en absoluto. Mientras corría, la blancura se fue haciendo más densa, hasta que comprendí, enfurecido por no poder alcanzar al enemigo, que lo que me rodeaba no era una simple neblina. Se trataba del mismo fenómeno que me había llevado hasta allí.

"Cuando la niebla se disipó, reaparecí en mi época, vestido de harapos, cargando con un arma primitiva contra un río putrefacto y carente de vida. Había indicios de combates recientes, y tuve que despojar de sus ropas a un miliciano muerto. Era noche cerrada, y las funciones inteligentes del traje de combate no respondían. Miré en todas direcciones, tratando de orientarme, y pude localizar las ruinas de Concepción. Frente a mí estaba el enclave guerrillero; unos pocos kilómetros hacia el sur se encontraban mis antiguos compañeros de armas. Ya no estaba seguro de cuál era mi bando. Me senté en el barro, sin

saber qué hacer. ¿Había viajado realmente al pasado? ¿Se trataba de una alucinación? Y si lo era, ¿por qué seguían allí las ropas antiguas y la tacuara? Me quedé dormido, por el agotamiento, con esas preguntas resonando en mi cabeza.

"Al día siguiente, desperté con algunas respuestas. Quizá estaba loco; era una posibilidad. Pero ¿era eso lo más importante? Real o imaginaria, la experiencia había logrado despejar muchas de mis dudas sobre la Academia. No había nada para mí en ese mundo de héroes falsos y discursos artificiales. Sentí que mi lugar estaba junto a los hombres que luchaban por su vida y por su tierra. Aun así, mi mente se resistía a unirse con los que seguían siendo, de hecho, mis enemigos. Pero mi cuerpo había tomado la decisión por su cuenta y mis pies me llevaron, sin titubear, hacia Concepción. Abandoné por el camino las prendas rotas que había utilizado como miliciano de Belgrano, pero me llevé la tacuara conmigo; la tacuara que aún me acompaña en todas las campañas de la revolución..."

—Lo que sigue —dijo el viejo— es bien conocido por todos, pero hay que aclarar algunas cosas. Es cierto que el Miliciano nos dio información esencial para combatir a los tiranos; que nos entrenó en artes militares desconocidas; que nos explicó muchas cosas sobre la tecnología moderna. Pero, sobre todo, es cierto que nos dio esperanzas y nos mostró la fuerza de las ideas al rechazar el liderazgo de la revolución cuando le fue ofrecido. Esto último fue su acto más importante.

—Pero ¿no podía convertirse en un líder como ese general... Belgrano? —preguntó el guerrillero peco-

un héroe de reemplazo y, finalmente, canonizar al satanizado para retirar la culpa de la conciencia del pueblo. Parece ser esta fórmula la que lleva el pulso de lo que se está construyendo en este punto de la Tierra.

Por caso, eso hice con Liniers. Estos mismos hombres que llevé a la Plaza de la Victoria fueron los que, años antes, quisieron lacerar a Sobremonte por cobarde cuando lo de la invasión de los ingleses. Con la boca cargada de sangre pidieron por Liniers, su nuevo héroe. Los que lo vitorearon, en esta misma plaza colmada (que se llamaba Mayor), pedirán matarlo; ya lo he acordado con el Cabil-do. Ya sé, a esta fecha, qué dirán, a partir de mi trabajo en la Pulpería de las Luces: *Liniers atentará contra el progreso de Buenos Aires, será un traidor, un contrarrevolucionario.*

Ya está escrito por los feligreses de la Pulpería; sólo falta que el Pulpero lo lea con voz nasal, que los perros ejecuten el ladrido coral, y el mensaje calará en las cabezas de Buenos Aires.

En mi fuero íntimo sé que el único pecado de Liniers es el resentimiento; ahora que no gobierna el Puerto y ve, desde su estancia de Córdoba, cómo son otros los que se llenan los bolsillos. Ahora se lame las heridas y quiere meter baza en la Junta; les anda diciendo a los cordobeses que deben sumar sus voces al Cabil-do, pero bien que pidió el control absoluto del Tesoro del Cabil-do de Buenos Aires para disponer a su gusto, manejar al pueblo con dádivas y salarios, cuando vio que se le venía la noche. Resentido no nos sirve. Ya está escrito y esa misma gente que lo vitoreó querrá verlo muerto. Hasta que no se les presente la carne fría del sacrificio de quien fuera su héroe,

no dormirán en paz. Y al pueblo no se le debe dejar truncas las expectativas. Los voceadores del pueblo siempre desean volver a la Plaza; piden por su vino, comida y pesos fuertes. Piden, piden y piden, pero el alimento que los engorda es el de las palabras y eso se debe dar sin que lo pidan; es una obligación que he asumido para con la historia. Por eso voy camino de la Pulpería de las Luces. Porque allí están los únicos que pueden escribir la historia; ésa que necesitan los hombres para volver a su casa con la panza llena, los bolsillos colmados y la lengua cargada de algo glorioso que contar.

Los cabildantes han cerrado las ventanas. Esperan mi trabajo; han de estar con los ojos pegados a las rendijas de puertas y ventanas, atentos a la Plaza de la Victoria. Aguardarán agazapados hasta ver si el nuevo mensaje mella el filo de los cuchillos del pueblo, antes de salir al balcón para proclamar la Primera Junta.

Pensar que desde este punto del recorrido, por el efecto de los rayos de Febo sobre las paredes pintadas a la cal y tejas, el Cabil-do es una pequeña mancha blanca refulgente de morral rojo fuego.

Febo asoma; debo apurar el paso sobre el pedregullo, llegar a la Pulpería.

Llegar a la Pulpería de las Luces es un misterio para ellos, los que se la pasan acodados sobre escritorios de lustre francés, atentos al movimiento pendular del poder en Europa. Es tan inexplicable que ni siquiera intentan seguirme. Se contentan con el resultado; con el fin, no con el medio.

Ahora bien, ¿cómo sé yo el camino a la Pulpería? Puedo contestarlo

propalaban los pobladores fue lo que leyó el Pulpero en voz alta tras la escritura de los feligreses. Desde entonces, el Pulpero recibe la paga en cervezas y vinos europeos a precio libre de arancel aduanero (no me gusta la palabra "contrabando"; no para alguien que abraza los valores del libre comercio). Porque lo que descubrí en la Pulpería de las Luces (así la llamo en homenaje a la escritura primigenia) fue un poder altamente reituable: dentro de ella se empezó a escribir la historia. No la que salía en los periódicos; la historia real, la que se dice en las calles. Todo lo que se escribía allí, vaya uno a saber cómo, tras la lectura con voz nasal del Pulpero, y el posterior ladrado coral de los perros, en pocos segundos, se derramaba por la ciudad, se metía adentro de las cabezas de cada uno de los pobladores. Entonces empecé a ofrecerle, como decirlo, esta nueva arma a los gobernantes de turno, a cambio de eso que tan bien manejo: negocios.

El poder de propalación de la Pulpería caló tan hondo que en las noches era muy común ver a los habitantes de la ciudad apostados en las ventanas, con los ojos clavados en el cielo, en la espera de las luces, mientras, por las calles, carretas tiradas por bueyes llevaban a mis bodegas la mercancía del "comercio libre". Hasta Saavedra creyó lo de las luces sobre el agua. Una vez me dijo: "Vaya uno a saber si, después de las invasiones inglesas, no querrán sacarnos estas tierras tan ricas gentes de otros planetas". Y yo le puse a Don Cornelio gesto adusto y le sugerí que mejor era replegar tropas; nada de andar por la costa. Él debía velar por los intereses económicos, pero dentro de la ciudad. Don Cornelio, amante de las bre-

vas pasadas de maduración y apoyado en el poder militar (que le confirió el voto de notables "sugeridos" por mis servicios), lo hizo todo paulatinamente: retiró las milicias para reforzar el control de la Recova y, así, dejó libre ciertas partes de la costa "para no exponer a nuestra fuerza a factores extraplanetarios".

Y, justamente, por esa parte del río ando por las noches con mis carretas, cada una con un farolito de sebo encendido, con los bueyes metidos en el agua hasta la quijada, en el duro trabajo de descargar los bergantines del comercio libre.

Pero en esta ciudad hay tensión y debo actuar. Los piquetes de la Plaza de la Victoria todavía sonríen con cierta mueca rabiosa; se han tomada muy a pecho esto de exigir definiciones. Por eso sus miradas aviesas apuntan a mi morral cargado, el que llevo para el Pulpero. Sólo yo sé ablandar el filo de sus gritos con una alquimia de vino, comida y pesos fuertes. Pero la magia tiende a tener fecha de caducidad y, si no logro poner palabras a tanta marejada de gente, acabaremos ahogados. Eso les expliqué durante toda la noche a los de la Junta. Les dije que luego de llenarles la Plaza, y enardecer el clima social, debían recurrir a mi otro "servicio", el de contar la historia y meterla en las mentes de cada uno de los vecinos. Les hice saber mi intención de brindar mi aporte a tan noble acto revolucionario. No le puse precio a mi servicio; eso vendrá después, ya habrá tiempo. El "sí" les salió en una mezcla de recelo y temor.

Es que casi todos reniegan de mí, pero siempre terminan igual. Me buscan para construir epopeyas, entronizar un héroe, luego satanizarlo, ungir

so—. Su ejemplo demuestra que no todo líder se corrompe.

—Los tiempos han cambiado—dijo el viejo, visiblemente cansado—. No es época para Próceres Sagrados ni mitos vivientes. ¿Por qué creen que el Miliciano llevaba siempre capuchas o pasamontañas? Él sabía que era la hora de la gente común. Sabía que lo peor que podía pasarle a la revolución era un culto a la personalidad, y no quería que los artistas lo retrataran. Pero en eso fracasó, porque igual tomaron su imagen encapuchada y la convirtieron en un símbolo. Por eso el Miliciano se exilió después del ofrecimiento, para que nadie lo convirtiera en un mito y lo usara en beneficio propio... Y para no caer en la tentación de usarse a sí mismo.

Los hombres estaban impresionados por las palabras del viejo. La idea de que eran tan responsables del futuro como los propios líderes revolucionarios los abrumaba.

—Muy bien, jóvenes —dijo el viejo, poniéndose de pie—. Eso es todo lo que vine a decirles. Tienen que olvidarse del Miliciano. O, mejor todavía, tienen que convertirse en él. Les deseo suerte en la campaña de mañana y recuerden lo que les advertí esta noche. No entreguen su libertad a ningún tirano.

Sin decir más, el viejo tomó su bastón y se adentró en el monte.

El día siguiente vio la victoria de los revolucionarios sobre la enésima expedición enviada desde Buenos Aires para desalojarlos del norte del país; una victoria sorpresivamente fácil y rápida. El alto mando revolucionario dudaba de que los porteños fueran capaces de lanzar otro ataque contra ellos. Quizá había llegado el momento de avanzar hacia el sur. Se rumo-

reaba que los norteamericanos habían emprendido una retirada estratégica de algunos de sus Estados Libres Asociados en Sudamérica.

Los guerrilleros festejaban en el campamento, daban vivas a los Territorios Liberados, mientras comentaban los rumores y las posibilidades de una victoria cercana y definitiva. Pero uno de ellos, el chico pelirrojo, que había quedado impresionado con la figura de Acuña, no participaba de los festejos. Pensaba en lo injusto que era abandonar al viejo, solo y enfermo, en medio del monte, por más que esa fuera su voluntad. Buscó su arma, salió del campamento y avanzó hacia la espesura, siguiendo las huellas del amigo del Miliciano.

Por tres días siguió el rastro, perdiendo y recuperando la orientación otras tantas veces. El cuarto día la perdió completamente. Empezó a dudar sobre su capacidad para encontrar a Acuña; nadie conocía el monte profundo como lo habían llegado a conocer el Miliciano y su compañero de exilio. Si el viejo quería perderse ahí, seguramente lo conseguiría. El quinto día lo invadió el miedo; podría perderse y llegar a las selvas del norte, caer en la trampa de un cazador ermitaño o convertirse en la cena de algún animal. Pero no podía volver atrás; se lo debía al viejo. Sus palabras lo habían ayudado en la batalla, lo habían confortado con el recuerdo del Miliciano y de ese hombre tan grande, ese general Belgrano, que mostraba cómo todo era posible si uno era capaz de aferrarse a sus principios.

El sexto día, finalmente, encontró de nuevo el rastro, que lo llevó hasta una cabaña de madera, oculta detrás de una colina cubierta de matas. La puerta era una lona pesada que colgaba de unas arandelas incrustadas

en el dintel. Entró con cuidado, llamando al viejo con la voz quebrada por un temor reverencial. El interior estaba muy oscuro y nadie contestó. Un rayo de sol entraba débilmente por una fisura de la pared opuesta a la de la puerta. Esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y entonces lo vio. El viejo estaba acostado en un catre. Lo miraba con ojos desorbitados y no parecía tener fuerzas para hablar. Junto a él había una lanza muy larga; tal vez la tacuara del Miliciano. El guerrillero no pudo resistirse y se acercó para tocar el arma con sus propias manos. De pronto, notó que había un papel sujeto a la tacuara por un lazo de cinta celeste y blanca.

—No... —gimió el viejo.

Pero el chico, fascinado, desenganchó el papel y, aunque el manuscrito era extraño y se veía borroso, lo leyó. Era la papeleta de conchabo de un peón de Nogoyá, llamado Anselmo Acuña. El guerrillero no era muy rápido para atar cabos; lo suyo era la acción, desde que tenía memoria. Pero, cuando las piezas empezaron a encajar en su mente, la sorpresa hizo que se le aflojaran las manos. La tacuara cayó al suelo de tierra y rebotó con un repiqueteo seco. Es él, pensó. Todo este tiempo, todos los viajes por los campamentos; siempre había sido él. Se acercó al viejo y lo miró con incredulidad.

—¿Por qué nos dejó, Miliciano? —le preguntó entre lágrimas—. Lo necesitábamos.

—¡No! —gruñó el viejo, reuniendo toda la fuerza que pudo—. Cuando me muera, quemá todo. Conmigo y con la tacuara adentro. No le cuentes esto a nadie, ¿me escuchás?

—Sí, como usted diga, Miliciano. Pero no voy a dejarlo solo. Voy a quedarme a cuidarlo, a...

La mano del viejo, que le había aferrado el hombro, se aflojó suavemente. El brazo cayó al costado del catre y la mirada severa quedó clavada en los ojos del chico, como una última advertencia para que cumpliera su orden.

El guerrillero se levantó lentamente, llorando. Caminó de un lado a otro de la cabaña tomándose la cabeza. No podía hacer lo que el Miliciano le había pedido. Un acto tan grande de abnegación no podía ser olvidado. La gente tenía que saber que él había estado con ellos hasta el final; que había renunciado a todos los honores por ellos. El Miliciano ahora tenía nombre, y era un Prócer Sagrado. El chico tomó la tacuara y salió de la cabaña rumbo al campamento. Se había convertido, casi sin darse cuenta, en el primer profeta de Anselmo Acuña.

© CLAUDIO BIONDINO, 2010.

CLAUDIO BIONDINO
(Argentina —Buenos Aires, 1972—)

Antropólogo y escritor aficionado, ha colaborado en varias revistas. En **NM** publicó "El centro del tiempo" (# 7) y "Horizonte perdido" (# 13).

habían zarpado con la ilusión que les despertó una circular enviada por Mr. Pophan a banqueros e industriales de Londres (reconozco mi mano en esas líneas), que tan desesperados andaban por colocar sus excedentes industriales tras el bloqueo napoleónico de los puertos europeos. Los bergantines izaron velas con bodegas a tope de productos industriales para vender en el Río de la Plata. Gran parte de esos navíos, en alta mar, pudieron ser reenviados a otros puertos al enterarse de que la invasión a esta Colonia había fracasado, pero el barco de los retales y un puñado más nunca recibieron las malas nuevas; llegaron aquí insuflados por la ilusión comercial y, para su sorpresa, no los esperaban los héroes escoceses. En el puerto los aguardábamos un simple servidor, un grupo de criollos armados (de éstos que hoy tengo en la Plaza) y un traductor que les explicó que el mejor negocio que podían hacer era venderme sus bodegas cargadas (y su frustración) al precio de las raciones y barriles de agua que le permitiesen regresar, sin secuelas, con sus familias. No fueron fáciles de convencer; pidieron tres días, demasiado tiempo para las cavilaciones en este punto del mundo. Pero unas apariciones luminosas sobre el río, seguidas por gritos desgarradores, los atormentaron la primera noche en las que se sometieron a la reflexión. Al rayar el alba del segundo día, y ante la evaporación de cubierta de un puñado de marinos ingleses de la guardia nocturna, no hizo falta el intérprete para saber que habían aceptado mi oferta. Y cumplí con mi entrega de raciones, esa misma jornada, ni bien apareció la luna. Mis carretas tiradas por bueyes se adentraban al río con barriles llenos de agua, charqui y sacos de ha-

rina, y volvían a la costa con los hilados ingleses. La operación culminó al alba.

Pero en Buenos Aires se supo lo de las luces sobre el Río de la Plata y ahí fue cuando se me apareció por primera vez la Pulpería. Yo iba de ronda en búsqueda de negocio, preocupado en cómo iría a salirme del entuerto en que me había metido con eso de las luces sobre el río y me sorprendió un aguacero. Después, un palenque atiborrado de perros y me guarecí en la Pulpería. El Pulpero parecía estar esperándome porque, ni bien traspasé el portal, me soltó la orden de una variedad de botellines alcohólicos, difíciles de hallar y que sólo vienen de Europa; parecía saber a quién debía pedir. El buen comerciante me inspiró confianza y, a sabiendas de lo que hace un rumor en este poblado, le confirmé que podía cumplir con su orden, pero le pedí como paga que echara a rodar un rumor sobre unas luces sobre el río y aceptó. Dos feligreses se abrieron paso entre la concurrencia, instalaron un cuaderno del tamaño de una mesa y con la pluma escribieron la historia de las luces del Río de la Plata. Hicieron un párrafo cada uno y, al final, el Pulpero leyó lo escrito en voz alta. En el punto final, la jauría de perros sarnosos, bajo la lluvia y al pie del palenque, se sometió a un ladrido coral y se hizo el silencio. Le estreché la mano al Pulpero para despedirme, le eché una mirada a la Pulpería y partí, cubriéndome con el sombrero de la lluvia sempiterna. Al minuto, pisé suelo seco y, fue de no creer, escuché al criollaje meta hablar de unas luces que bajaban del cielo para cargar agua dulce y, misteriosamente, ascendían al cielo sin dejar rastros. Parecía un truco, algo mágico; eso que

LA PULPERÍA DE LAS LUCES

Recreación
bicentennial

JUAN GUINOT

Allí voy; conozco el camino de memoria y hasta podría llegar con los ojos vendados. Como lo digo, parado en la puerta del Cabildo, de cara al puente de Gálvez, y al Sur, un día despejado (similar a uno de estos días diáfanos de Mayo), sin la ayuda de mi vista, llegaría a la Pulpería de las Luces. Y no lo lograría por aguzar mi olfato para subirme al camino aéreo del tufo de esa jauría de perros marrones, pura costilla y cuero, y reproducidos hasta en los manchones de la sarna, instalados al pie del palenque de la pulpería. No, no sería por ello. Llegaría allí porque, luego de andar por piedra y polvo, mis botas comenzarían a pisar suelo cenagoso y mi rostro recibiría los primeros gotones de esa lluvia perenne instalada sobre la Pulpería. Barro y lluvia, una referencia simple que me permitiría llegar allí, aunque tuviese los ojos vendados.

Llegar es fácil; por lo menos para mí, porque en lo que concierne a muchos de los que dicen manejar a su gusto este ángulo del Río de la Plata ni siquiera la verían si los llevara de la mano y los pusiese nariz contra puerta.

La Pulpería elije quién debe verla, quién debe entrar y quién debe salir.

Es media mañana y a mis espaldas déjé, paredes adentro, a los cabildantes derretidos en sus preocupaciones y, paredes afuera, a la efervescencia victoriosa de la Plaza de la Victoria. Los de afuera, al verme salir del Cabildo, me saludaron con los cuchillos en alto; es que yo los llevé a la plaza. Son los hombres del piquete que con rudeza clavaron en cuanta galera se les cruzase los retratos de Fernando VII y en las solapas las insignias blancas. Una jugada simple de marcación: quien no lleva el jirón blanco, será blanco de los disparos. Esos trocitos de tela blanca eran retales hechos en las mejores hilanderías inglesas que tenía abarrotados en el almacén y sin poder vender. Se los había comprado hace cuatro años por migajas a un navío inglés atestado de telas. El buque estaba amarrado al desconcierto en el Puerto de las Conchas. Semanas antes se había echo a la mar desde Inglaterra, montado a una frenética carrera de cien naves mercantiles que

¿TIENES UN “PITI”?

LAURA LÓPEZ ALFRANCA

Cuando oyó el estruendo, se acercó con rifle en mano y junto a su perro Santanás. La explosión había sido tal, que dudaba que no lo hubieran escuchado en las granjas. En cuanto salió, gritó todos los insultos en español que conocía, que no eran pocos; le habían destrozado toda la plantación y encima ése era otro año de maldita sequía. Según sus conocimientos de tele, que tampoco eran escasos, aquello había sido una nave *introplanetaria* que, además de cuando *aparcaba jodia* los tomates —como había podido comprobar—, debía llevar habitantes de otros mundos... y para algo que puede vender va al Iker Jiménez, que no deseaba saber más de él. Y todo desde que lo llamó para decirle lo del caserón encantado, aunque ya se lo había explicado varias veces. ¿Qué iba a hacerle si los malditos espíritus nunca salían a aullar, a menos que la hija del Pararrayos se pusiera el camisón azul, ése que no es camisón ni *na*?

Entonces oyó algo que lo hizo volver al mundo real; por entre la morrala metálica, que había creado unos círculos de cultivo con forma de poliedro regular (nombre que daba a cual-

quier cosa rara, como hacía cuando el padre Beltrán intentaba enseñarle geología y todo lo que sonaba a chino), escuchó a dos personas quejándose y se acercó despacio hasta ellas. Allí se encontró al hijo del Julián y a la niña de la Bernarda, que llevaban días desaparecidos. Estaban completamente desnudos y tenían el cuerpo lleno de moratones... ¡Joder!, no sabía que les iba tanto la marcha, pero así pasaba con las generaciones de ahora, que eran una “panda” de *guarretes*. Un chisporroteo llamó su atención. Era como una pantalla de televisión muy rara, que tenía buena parte de las tripas fuera a causa de la cama que tenía empotrada, aunque en la parte superior se podían ver letras y símbolos incomprensibles. Debía tener muy poco *flatron* de ése, porque se veía como si intentara parecerse a un fantasma o algo así. Comenzó a murmurar algo incomprensible y, llevado por su impaciencia, reaccionó.

—Maldita cosa, ¡habla en cristiano!
—Y para que le hiciera caso le dio un golpe, provocando que, al fin, apare-

ciera todo en español... o algo similar. ¡Vamos!, que usaba las palabras entendibles de toda la vida. Entonces estudió con curiosidad lo que veía; ¿habría posibilidades de vendérselo al Iker? Necesitaba recuperar el dinero que iba a perder con esos malditos marcianos, que ni sabían aparcar como debían encima de unos cultivos decentes. Sonrió ufano y es que él, el Genaro, era el mejor del pueblo de Matalasviejas para arreglar la *jig tecnoloyi*.

**DIARIO NO OFICIAL E ÍNTIMO
DEL SEGUNDO DE A BORDO.
SE RUEGA NO TOCAR**

PARÁMETRO TEMPORAL DOCE CON UNO

Hemos conseguido al fin embarcar con toda la tripulación, los había que se sentían muy reticentes a acercarse tanto a una galaxia tan salvaje e inexplorada, pero se vieron animados ante la insistencia de Milorpckar Petundrante y su hermano Rondocalr, que afirmaban que sería una gran aventura. ¿No podía ser un trabajo tranquilo? A mí son los que más me gustan, los que hacemos en los parámetros temporales impuestos y luego, a la vuelta, tienes un gromsmoi calentito en casa esperándote. En fin, lo único que puedo decir con respecto a esta jornada, es que ha transcurrido de forma muy tranquila e incluso podría decir que la comida de la cafetería estaba buena. Cuando se lo comenté al capitán, esté simplemente se encogió de hombros y siguió comiendo en silencio. Algo muy extraño, ya que él siempre comenta hasta los guisantes que le tocan en la sopa de verduras y tombrokocv; debería invitarle a tomar una copita para animarle... sí, seguramente es que le pase como a mí, que prefiere algo más

tranquilito y casero, algún transporte de plutonio de mirko ultrarradiactivo o de criaturas con grandes dientes y predilección por la carne de un cumpurímico decente.

PARÁMETRO TEMPORAL ONCE CON UNO

Nada, no hubo mucha suerte, al menos los ánimos están más calmados y la gente sólo se dedica a sus labores. No han intentado que cambiásemos el rumbo ni alejarnos de ese sistema incivilizado, algo es algo.

Hoy apenas hice nada digno de mención, salvo llevar al capitán una infusión que rechazó pálido, ¿qué le ocurrirá? Lo invité a tomarse una copa mañana en mi camarote y parece que eso sí le ha animado. Tal vez lo que no consiga una buena tisana, lo logre una bebida espirituosa.

PARÁMETRO TEMPORAL DIEZ CON UNO

En breve viene el jefe y lo tengo todo preparado, hasta he encontrado alguno de esos programas antiguos sobre animales feroces que tanto le gustan. La tripulación ya está trabajando a pleno rendimiento, lo cual es... ¡Ah! Ya ha llegado, dejaré esto por ahora aquí abierto y ahora vuelvo.

**PARÁMETRO TEMPORAL DIEZ
CON UNO PUNTO DOS**

Volví y, por todas las supernovas, no sé qué pensar. Mi capitán estaba más callado que de costumbre, más taciturno y bueno, el alcohol no sirvió para arrancarle el buen humor, sino que le dejó más triste. Por lo poco que me ha podido contar de la misión, sé que no le gusta nada y que deberíamos habernos ido a entregar hilos estela-

—¿Carmen? —dijo Ariel, perplejo.

—Carmen del Pozoblanco, sí.

—¿Y qué hacía en Buenos Aires?

—Vino en cuanto supo que el Califato tendría un nuevo ciudadano. Aunque no somos pocos, cuidamos a cada uno de los nuestros con celo y rigor. Como en los tiempos de Abd al-Rahman y Hasdai ibn Shaprut, cada persona vale su peso en oro.

—Gracias —dijo Ariel, cada vez más desconcertado.

—Y te espera para ir juntos al aeropuerto. El rito de iniciación es un viaje a Córdoba.

—Córdoba sigue siendo la capital —dijo Víctor—. Una ciudad bellísima; y más bella aún si uno la mira con los ojos entrenados.

—Una capital secreta —dijo José.

—Ustedes... ¿ustedes no vienen?

Mustafá hizo un gesto con la mano. —Tengo que atender mi negocio.

—Y yo —dijo el tío José—. Pero no es acá, en Buenos Aires. Vendí el negocio de la calle Pasteur poco antes de... morirme.

—Claro —dijo Ariel—. Pero no te veo jugando a las cartas con los jubilados, en la plaza.

—Tengo el negocio en otro sitio. Cuando andes por allí podrías pasar a tomar un café. —José sacó una tarjeta rectangular del bolsillo; estaba bastante ajada y sucia. Se la tendió a Ariel.

—¿En Dakar? ¿Tu negocio está en Dakar?

—Mi ciudad —dijo Víctor—. Pero yo no suelo ir por allá, por razones obvias. Lo mismo que Escher, que vive aquí.

—No podemos vivir donde nos morimos, ¿no es cierto? —dijo José.

—Carmen no puede esperar todo el día —dijo Mustafá.

—Yo los llevo al aeropuerto —dijo Víctor.

Ariel se apresuró para seguir a Víctor, sabiendo que el negro lo dejaría atrás de inmediato. Pero, en cuanto le dio la espalda a la escena, oyó que Mustafá chasqueaba la lengua. Se dio vuelta.

—La moneda —dijo el anticuario.

—¿La moneda de mi abuela?

—Esa misma. ¿O pensaste que todo esto es gratis?

© SERGIO GAUT VEL HARTMAN, 2007-2010.

SERGIO GAUT VEL HARTMAN
(Argentina —Buenos Aires, 1947—)

En **NM** ha publicado "El último viaje de Octavio" (# 1), "Un viaje al ayer" (# 3), "El regreso del hombre muerto" (# 7) y "Detrás de la puerta" (# 16).

mapa. Ariel lo miró a los ojos; no le gustaban los mapas—. Pero cuando se hizo evidente la situación del Califato, la armonía entre sus habitantes, dinámica, no perfecta, pero sí orgullosa, la capacidad para funcionar respetando la diversidad, sin celos ni hostilidades, esa superioridad indeseada pero inevitable sobre los reinos bárbaros que los rodeaban, las envidias despertaron y todo se complicó. Los poderosos estados que rodeaban al-Ándalus no tenían ni remotamente sus valores, el desarrollo cultural y científico y, lo que resulta más crítico para el que observa el mundo reflejado en el acero de una espada, el imperio bizantino, el germánico y el califato abasí, no tenían conciencia de sí mismos, una filosofía asentada en lo plural, un ojo capaz de ver más allá del discurso oportunista que detenta una supuesta autoridad a partir de la fuerza bruta, una realidad ficticia construida para respaldar su prepotencia. Lo ha entendido, ¿no es cierto?

Ariel estaba abrumado. —¿Qué me falta entender?

—Por qué *desaparecimos* de la historia —dijo Víctor apurando un resto de jerez.

—¿Estaba allí? ¿Es tan viejo como eso?

Víctor y José rieron al unísono. Mustafá parecía haber estado escuchando detrás de la puerta, porque apareció en ese mismo momento.

—Ser inmortales no nos hace eternos —dijo el anticuario—. Alguna vez nacimos; alguna vez moriremos. En realidad *inmortales* no es la palabra adecuada. Somos *longevos*.

—Adoptaron un perfil bajo —dijo Ariel, tentativamente.

—Más o menos —dijo Mustafá—. Es como no tomar jerez cuando las copas están sucias.

—*Touché* —dijo José—. Pero todo el mundo sabe que no soy un exquisito, ¿no es cierto?

—Acepto que lo hicieron —dijo Ariel soltando el aire; era como si se hubiera sacado un peso de encima—. También entiendo para qué lo hicieron. Me falta saber cuándo y cómo.

—Lo primero es sencillo —dijo Mustafá—. Durante el siglo x, Córdoba alcanzó su apogeo político. Bajo la conducción de Abd al-Rahman y su sucesor, Al-Hakam, el desarrollo de las artes y las ciencias fue fastuoso, descomunal, ya se lo dije antes. Fueron sesenta y cuatro años de paz, sin interrupciones. Pero los sabios percibían que eso no podía durar para siempre y prepararon el fraude, la *Gran Fitna*, un período que siguió al gobierno de Hisam, el hijo de Al-Hakam, que pareció ser un juguete en las manos de los generales y visires. Falso, totalmente falso.

—Una hermosa historia, ¿no es cierto? —dijo el tío José.

Ariel se pasó la mano por la frente y el rostro. No era posible. Demasiado fantástico. Él era un hombre sencillo, práctico; tosco, quizá. Esas cosas ocurren en los cuentos, no en la realidad.

—Ocurren en la realidad —dijo Mustafá. Víctor asintió.

—¿Carmen? —Ariel sentía el crecimiento de un vacío en medio del pecho. La andaluza era espléndida y le hubiera gustado conocerla mejor. ¿Era posible imaginar que ocurriera algo entre esa mujer y él, el idiota perdedor de todas las batallas del amor?

—Es una mujer libre —dijo Mustafá—. Nadie manda sobre su corazón. Además, es una de las personas más importantes del Califato en la actualidad; integra el Consejo y algún día lo presidirá.

res a la región de Múidika Pi-13. Cuando oí eso, mi curiosidad continuó preguntándole, aunque mi sentido común y mi temor exigía que me quedara al margen sin averiguar nada. ¿Qué era lo que tendríamos que hacer cuando llegáramos a aquella tierra inhóspita? ¿Es que tal vez nuestros pasajeros desearan emprender acciones peligrosas o fuera de la ley? En dos parámetros temporales llegaremos a nuestro destino y permaneceremos allí ocho más... ¿qué oscuras y misteriosas sorpresas nos aguardaran allí? Y si sobrevivimos, ¿podré escribir un libro, forrarme y retirarme? Sé que suena muy fantasioso y un tanto descabellado, pero vaya, a la gente le encantan las historias de miedo sobre ese sistema tan salvaje. Puede que, con un poco de ayuda, consiga escribir una gran crónica fantástica llena de sangre y vísceras. Bueno, eso lo decidiré según lo que veamos allí, ahora tengo que descansar.

PARÁMETRO TEMPORAL NUEVE CON UNO

Maldición, me equivoqué por completo. Creía que la tripulación estaba tranquila, pero sólo habían ingerido grandes cantidades de calmantes de rempottackres que los había dejado operativos, pero insensibles ante lo que creen que se avecina. Debería haber estado más atento y no con la cabeza en las nubes pensando en un posible retiro millonario. Y más ahora que el capitán sólo se dedica a hablar entre susurros con los dos exploradores, maldita sea, como sigamos así habrá un motín. Sólo tengo que mantener la cabeza fría y pensar en positivo, puede que así los demás se calmen y acepten obedecer mis órdenes. En fin, seguramente lo que ocurre es que todos estamos nerviosos, nada que no

se arregle con una buena dosis de descanso en suspensión sensorial.

PARÁMETRO TEMPORAL OCHO CON UNO

Hay algo que he tenido que reconocer ante todos aun a pesar de mi miedo, y eso ha conseguido que todos se tranquilicen: el paisaje que nos ofrece este lugar es, cuando menos, soberbio. Su pequeña estrella verde casi amarilla, tan infantil y llena de esperanzas mientras calienta unos planetitas tan deshabitados... menos el que está lleno de seres sanguinarios, al que tristemente nos dirigimos. Claro, uno se engaña con la primera impresión, ve un planeta chiquitín lleno de color y piensa: "vaya, qué cucada, seguro que sólo tiene criaturas que impliquen una esponjosidad y suavidad tales, que serían ideales para venderlos como juguetes para los niños". ¡Ja!, yo he visto a esos malditos seres arrancarle a bocados la carne a seres indefensos que habían cocinado sin pudor alguno, salvajes.

PARÁMETRO TEMPORAL OCHO CON UNO PUNTO CUATRO

He tardado tanto en escribir este trozo y estoy haciéndolo atropelladamente (siempre desee usar esta palabra). Ahora sí que creo que algo malo está pasando, el capitán nos ha pedido que no saliéramos de nuestros camarotes por nada del mundo. Me he acercado a la ventana, y he visto aterrado cómo una nave era engullida por aquella bola azul... ¿Cuál es nuestra verdadera misión? La verdad es que ha llegado un punto en que me da igual, que lo único que deseo, es volver a mi casita a varios años luz de estos seres... ¿pueden viajar por el espacio? La verdad es

que, como sean capaces... creo que la imagen de una enorme nave oxidada llena de esos seres, que asaltan a cientos de mundos para comerse a sus pobres habitantes... ¡Brrr!, acabo de sustituir mi pesadilla habitual, donde soy encerrado en una cápsula y lanzado a una supernova, por ésta que es mucho peor. Me pica el cuerpo sólo de pensarlo; me tengo que rascar con mis cuatro brazos y aun así no hay forma de aliviarme.

PARÁMETRO TEMPORAL OCHO
CON UNO PUNTO TRES

He vuelto a irme, necesitaba un poco de alcohol para poder eliminar la imagen de un bebé siendo devorado por esos canibales... ¿Se dice canibal cuando se trata de un ser que se come a individuos de otras especies? Maldita sea, ya vuelvo a desvariar, necesito algo que me deje sin sentido, será mejor que apague por hoy esto y me meta entre pecho y espalda una buena cantidad de bebida para olvidar. Cogí uno de esos cilindros que tenía el capitán y me lo tomé, la verdad es que como bien dice, relaja mucho.

PARÁMETRO TEMPORAL OCHO
CON UNO PUNTO DOS

Sólo he dormido dos fracciones de tiempo y esas pesadillas aún me persiguen, creo que he pasado demasiado tiempo con la tripulación, porque ahora me veo incapaz de olvidarme de esas imágenes. Me tomare un calmante, al menos puedo consolarme con que al dejar constancia de todos estos pensamientos aquí, puede que con un poco de suerte las supersticiones se cumplan y estos monstruos apenas estén lo suficientemente evolucionados como para poder viajar a otros mundos...

sí, seguramente haya exagerado, a fin de cuentas, siguen cultivando como los antiguos tiempos. Sí, será eso, que estoy demasiado nervioso y no razono como debería... tendría que morirme de vergüenza, por haberme creído unas ideas descabelladas que han surgido de mi cabeza.

PARÁMETRO TEMPORAL SEIS Y UNO

He oído unos cuantos ruidos por la nave, seguido de unos gritos escabrosos. Estoy planteándome si salir o no... a fin de cuentas, sólo tengo que encargarme de que todo vaya bien, pero no tengo que ver con la misión... ¿verdad? Maldición, al final me tocará salir a arriesgar el pellejo y no me apetece y menos con esos alaridos que se siguen oyendo, ¿qué hago? ¿Por qué el capitán no nos dice algo por megafonía? ¡Por cualquier entidad celestial! Las luces se acaban de ir y yo ya no sé que pensar... la verdad es que estoy muerto de miedo.

ESPERA UNA FRACCIÓN TEMPORAL

Me he acercado a la puerta y he oído algo moverse a tropicicones a través de la nave, no queda más remedio, tengo que salir a comprobar que todos están bien... ¿qué es lo que han subido? Espero que no... espero que no sea una de esas malévolas criaturas.

PARÁMETRO TEMPORAL CINCO Y UNO

No me lo puedo creer, ¿sólo ha pasado un parámetro temporal? Creí que había sido mucho más tiempo... por cualquier deidad, ¿cómo ha podido ocurrir esta catástrofe? Ojalá no tuviera que recordarlo, pero tiene que quedar constancia de esto cuando vengan

—Hace rato que dejé de pensar, tío. ¿No te dedicabas al comercio? ¿No tenías un negocio en la calle Pasteur?

—¿Y eso que tiene que ver?

—Mejor los dejo solos —dijo Víctor.

—No, en serio; no se vaya —dijo Ariel.

José empezó a hablar como si estuviera sumido en un ensueño. —Un día tuve la idea de conseguir algún objeto que vinculara aspectos de nuestro pasado que parecen desflecados; uno tiene que conocer sus orígenes, ¿no es cierto?

—¿Las monedas de tu mamá?

José pareció desconcertado. Pero se recuperó de inmediato. —¡La moneda! Nunca le presté atención a ese vicio de la vieja de guardar porquerías en la lata de Bagley. Si lo hubiera hecho habría descubierto la punta del ovillo mucho antes.

—¿O sea que esa moneda estuvo siempre ahí? —Ariel no podía creer que esa gente, tan escrupulosa en otros sentidos, hubiera descuidado algo tan elemental.

—Estuvo siempre —dijo José. Víctor hizo una mueca—. Mientras tanto yo buscaba samovares y vasos de té polacos en la tiendas de antigüedades de San Telmo. Hasta que un día...

—¡Caíste en el negocio de Mustafá!

—No. Leí un libro. Siempre me gustaron los libros. Te regalé muchos libros para tus cumpleaños, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Ariel—. ¿Qué libro?

—Uno de Arthur Koestler, un judío vienes que descubrió que la conexión entre los jászars de la llanura rusa, un país que estaba entre el Volga y el Don, al norte del Cáucaso, y el Califato era notable. Todas las calidencias

apuntan a que los jászars se convirtieron al judaísmo y que al mismo tiempo tuvieron una conexión fundamental con los sefaradís de al-Ándalus. Koestler conocía sólo algunas de las cartas de la correspondencia jázara que intercambiaron mi homónimo, el kan José, y el médico y diplomático jaenés Hasdai ibn Shaprut.

—No te puedo seguir, tío; vas muy rápido. —Ariel miró a su alrededor y descubrió la anomalía—. ¿No tienen jerez?

—No hay que dejar a las visitas a pico seco, Víctor, ¿no es cierto?

—Hay una botella de jerez en alguna parte —dijo el africano mientras separaba los tomos de a media docena con sus enormes manos—. Si tenemos paciencia aparecerá. Esto no es la tienda de Mustafá. ¡Eso! ¡Aquí hay una botella! Pero está empezada. Espero que no se haya avinagrado. Bebemus tan poco...

—Demasiado poco —dijo José, pensativo—. Deberíamos beber más, ¿no es cierto? El jerez es bueno para el espíritu...

—Los inmortales no necesitan placebos —dijo Ariel, con tono burlón.

—Estás equivocado. Somos como todos.

—No discutan —dijo Víctor, sirviendo el jerez en unos vasos sucios. Ariel recordó los movimientos felinos y delicados de Mustafá y la transparencia de las copas—. Ya es hora de que este hombre conozca el resto de la historia.

—El resto de la historia, es cierto. —José apartó dos pilas de carpetas para hacer lugar en el escritorio y desplegó un mapa.

—¿Qué tienen que ver los jászars con nosotros? —dijo Ariel.

—Todo tiene que ver con todo —dijo José apoyando un dedo en el

—Importa. Se lo dice a todos. Es un maestro. ¿Vio a Escher?

El mesero dejó dos jarras sobre la mesa. —Tibia —dijo—. Les avisé. No se quejen luego porque no se aceptan reclamos.

Ariel esperó a que el mesero se alejara. —Vi a Escher. De acuerdo. Explíquemelo todo, desde el principio, como si yo fuera idiota.

—Tome su cerveza.

—¿Para qué? Está tibia.

—Se equivoca; está helada.

—La *stout* se bebe tibia.

Victor se encogió de hombros.

En pocas horas, Ariel conoció a diez personas muertas. Algunas llevaban muertas dos siglos. No eran fantasmas, por cierto. No se atrevió a hablar con nadie. Estaban el ajedrecista Tahl y John Brunner, el escritor, entre los que pudo reconocer.

—¿Cómo lograron guardar el secreto? —Ariel había seguido a Victor a través de un sendero invisible, marcado en las rutas ordinarias con un trazo sutil, frágil y, aun así, tan definido como el hedor de un animal en celo. No estaba del todo convencido, pero se había acercado bastante.

—No guardamos ningún secreto. —Victor caminaba un paso adelante, con zancadas tan largas que a Ariel se le hacía muy difícil seguirlo.

—¿Adónde vamos ahora?

—No se preocupe; es cerca. ¿Se fatiga al caminar?

Llegaron a una casa de ladrillos rosados y, sin tocar la puerta, Víctor invitó a Ariel a que pasara al interior. Subieron por una escalera cubierta por una gruesa alfombra y llegaron a un estudio que tenía las paredes llenas de libros. En un costado de la habitación había un escritorio repleto de papeles y carpetas y, escondido tras la

pila, una persona de cabellos blancos que escribía a toda velocidad en un cuaderno. Por alguna extraña razón, Ariel supo de inmediato que conocía a aquel hombre, a pesar de que no había podido verle la cara.

—José: éste es el hombre del que te hablamos.

El anciano atisbó por entre las columnas y Ariel descubrió que el hombre no era cualquier José, sino un hermano de su padre, un hijo de la abuela Jaike que llevaba veinte años muerto.

—Arielito, ¡qué sorpresa! Mustafá me dijo que vendrías, y yo no le quería creer.

Era mucho más que una sorpresa. Ariel tragó con dificultad. Hasta entonces todo había sido casi teórico, algo que podía estar armado por Mustafá y su gente con fines impenables. Pero José era otra cosa. No había tenido una gran relación con ese tío, pero tampoco le resultaba indifferente y no cabían dudas de que era quien era. José le había regalado *El tesoro de la juventud*, una enciclopedia en veinte tomos muy apreciada por los chicos en otra época. También le había regalado libros de Salgari, de la colección Robin Hood. Aquellos libros habían marcado a Ariel de un modo indeleble. José siempre le obsequiaba libros para los cumpleaños, y a veces fuera de ellos. Por un momento pensó que había sido deliberado.

—Era deliberado —dijo José—. Pero no te resulta fácil de salir del estado de sopor, ¿no es cierto?

—Tío: esto es lo más loco...

—A esta altura... Después de lo que te mostraron Carmen y Mustafá, de que viste a Escher, Soriano y los otros, ¿te parece que son unos actores disfrazados?

a salvarnos... por si para ese entonces, no queda nadie vivo.

Cuando salí al pasillo, fui hacia la derecha, a la zona de carga. Mi instinto me había dicho que no se me ocurriría, que allí era de donde venía todo lo malo... y debí escucharlo. Por el camino encontré a varios de mis compañeros muertos, completamente tiesos, fallecidos con una horripilante mueca de horror eterno. ¿Qué era lo que había hecho algo tan terrible? Y lo más importante, ¿deseaba saberlo? La respuesta, obviamente, era un no, pero seguí adelante, esperando encontrar las respuestas a todas mis preguntas. Cuando llegué a mi destino desee no haberlo hecho, ya que en el suelo, con los pechos reventados, se encontraban los hermanos Petundrante... Por cualquier entidad celestial, ¿qué les había pasado? ¿Quién les había atacado de forma tan cruel y repugnante?

Fue entonces cuando oí un estruendo que reconocí al instante: era una risa humana. ¡Oh, deidades!, habían subido a uno de esos seres a la nave. ¿Y si se cumplía mi pesadilla? ¿Y si eran capaces de hacer funcionar las naves interplanetarias y llevábamos a esa péfida plaga a nuestro hogar? ¿Qué habíamos hecho?!

Sin poderlo evitar, corrí hacia el cuarto donde se guardaban los productos de la limpieza y me encerré allí y conté al menos diecisiete fracciones, esperando así que los humanos se acabaran durmiendo del agotamiento. Les oí varias veces correteando delante de la puerta e incluso creo que los escuché... copulando. En esos momentos sentí mi estómago aguantar el asco a duras penas, el simple hecho de hacer algo tan... salvaje y primitivo sólo demostraba que mi concepto de ellos como animales peligrosos y canibales era cierto.

En cuanto a mis oídos llegó el sonido de algo similar a un motor en mal estado, fue cuando me atreví a abrir la puerta y ver a esas horribles criaturas dormidas, desnudas y abrazadas. Eché a correr y volví al cuarto, he intentado hacerme fuerte aquí, tengo suficiente comida y bebida y las puertas están completamente blindadas. He mandado un mensaje de auxilio, pronto vendrán a recogerlos, sólo tengo que aguantar unos tres parámetros y entonces, todo saldrá bien, debo confiar en ello y aunque no crea, rezar en cualquier deidad que exista en este universo para que me ayude.

PARÁMETRO TEMPORAL CUATRO Y UNO

Voy a enloquecer, no consigo aguantar el encierro, el total aislamiento y me voy cuando oigo a mis compañeros morir mientras gritan de terror... además, se acabaron los cubitos de hielo y así no hay quien se haga un buen martini. Lo he decidido, saldré a la búsqueda de más supervivientes y cualquier viviere que encuentre, puede que si no lo hago, tengamos que morir de hambre o algo peor. Pero no debo pensar en eso, aún no, tenemos que controlarnos y... me estoy volviendo loco, ahora hablo solo y eso que aún no tengo a gente inaguantable para hablar conmigo mismo en soledad.

Decidido, saldré ahora mismo a por más compañía, seguramente ya estén conspirando contra mí, pero debo darme prisa y acabar con ellos... perdón, quería decir, que debía ir a salvarlos, ya no sé ni lo que digo.

PARÁMETRO TEMPORAL CUATRO Y UNO
OTRA VEZ

Apenas me ha costado encontrar supervivientes, lo cual me sorprende.

También me ha asombrado encontrar tantos supervivientes, está casi toda la tripulación en mi cuarto, aunque ahora es imposible moverse. Se han vuelto locos: algunos se dedican a darse golpes contra todas partes y el capitán a murmurar cosas incomprensibles. Al menos pude sacarle que los humanos iban destinados a ser exhibidos en un zoo... maldición, por culpa del divertimento popular nosotros tendremos que morir. ¡Malditos sean! ¡Malditos sean todos!

He intentado razonar con mis compañeros sin éxito, incluso algunos, por el miedo, sufren de hecho una regresión al estado larvario y están jugando a juegos infantiles mientras se rien estúpidamente. La comida se está acabando mucho más rápido de lo que había calculado, pronto tendré que ir a por más... sólo las deidades saben que será lo que me encuentre allí afuera, pero todos dependen ahora de mí, soy el único que aún conserva la cordura en toda esta locura... pero si salgo, ¿conseguiré sobrevivir? ¿Podré volver a ver otro de nuestro amanecer en el Planeta Patria? Sólo las entidades celestiales lo saben.

Me he preparado a conciencia, esperando que así, una vez fuera, pueda esquivar a nuestros cazadores y encontrar comida. Deseadme suerte, porque si muero sólo seré el cadáver héroe... y la verdad, me apetecería disfrutar de las bendiciones de ser adorado estando vivo, las señoritas tienen problemas para acostarse con... ¿¡Qué estoy diciendo!? ¿¡Estoy hablando de fornicar!? Por las deidades, los humanos nos han devuelto al estado de salvajismo primigenio, tengo que darme prisa y conseguir comida, creo que Pinkler está comiéndose a Torobey. Me gustaría detenerlo, pero su compañero es alguien innecesario y prefiero

apresurarme, no sea que decida que yo sería un gran postre.

PARÁMETRO TEMPORAL CUATRO
Y... ALGO

No tengo casi fuerzas, no puedo describir el horrible paisaje que desola ahora mi cuarto... pero debo sobreponerme y ser fuerte, he de intentarlo como sea. Los humanos, no sé de qué forma, han conseguido entrar y han asesinado a todos. Están completamente triturados y apenas se distingue nada más que algunos dedos sueltos y un cacho de cara. Estoy confundido, he hecho mis funciones fisiológicas encima y además de llorar, no se me ocurre nada más... bueno, sí, me he desnudado y pintado con la sangre de mis compañeros signos tribales antiguos, sé que toda la manada humana ha venido a por mí, pero ahora sabrán lo que es un tropotoquí enfadado y rabioso. Únicamente tengo que dejar de temblar y entonces, todo será más fácil... al menos eso espero.

Sólo deseo que cuando volvamos a casa, destruyan este planeta y me hagan rey de nuestro mundo, es lo menos que me merezco después de mi gran valor y arrojo demostrado. En fin, recen por mí, ya que soy el único que queda entre toda esta montaña de carne triturada. Bueno, hay más, pero tal y como están, más les valdría estar muertos.

PARÁMETRO TEMPORAL CERO Y UNO

Las esperanzas se acaban, llevo días enfrentándome incansablemente contra la horda humana y, aun así, no sólo aparecen miles cada vez que mato alguno, sino que además no llevo el equipo de rescate a salvarme.

—Ah, chistoso. ¿Va a largarme un sermón? ¿Dirá que vago por un mundo imaginado, tomando los espejismos por cosas materiales?

—No. Quería proponerle que tomáramos algo, un refresco o una cerveza. Me llamo Víctor M'Bemba. No desconfíe. Mi avidez por conocer a otra gente es ilimitada.

—Eso no se dice; la desconfianza es la única carta que podemos jugar sin temor a equivocarnos.

Víctor no contestó. Hizo un ademán para invitarlo a avanzar hacia el viejo café de la esquina de Defensa y Carlos Calvo. El café estaba donde siempre había estado y no se apreciaban cambios significativos; era la misma ruina de siempre. Una vez más espantó la idea. No tenía ganas de especular. Pero el africano, como parecía ser una costumbre generalizada en las últimas horas, le leyó los pensamientos.

—Por acción u omisión, entre todos, estamos construyendo una realidad alternativa, siempre. ¿Qué tiene de extraño?

Ariel señaló una mesa vacía junto a la ventana; se sentaron. Hubiera querido poseer un vicio antiguo, como fumar, pero era algo ajeno a él. Se sacudió la cabeza con la mano y una nube ámbar se desprendió del caballo. Víctor no se molestó; parecía estar más allá de las groserías.

—De acuerdo: mató mi mejor carta. Algo me dice que puedo confiar en usted. ¿Contestará a mis preguntas?

—Haré algo mejor que eso. Mire. Ariel miró. Entre los dedos largos y planos del negro había un diamante. El hipnótico brillo de la piedra invadió la luz del día y absorbió determinados elementos; justamente aquellos que se interponían, como decorados teatra-

les, entre el paisaje esencial y la ofuscada percepción de Ariel.

—¿Es un truco?

El negro deploró la obstinación de Ariel, pero apretó el diamante con más fuerza. —Sospechamos una porción infima del universo —dijo—, pero eso no es obstáculo para que le concedamos la condición de realidad única.

—¿Café? —Un mesero tan vulgar como cualquier mesero lo interrogaba desde su desdenosa autoridad. Víctor escondió el diamante en el puño.

—Cerveza. —Ariel parpadeó—. ¿Le parece que es un día para tomar café?

El mesero se encogió de hombros. —Asunto suyo. La cerveza está tibia.

—¿Su mundo o el mío? —Ariel metió la mano en el bolsillo y tocó la moneda. ¿Sería ése su diamante?

—Sólo hay uno —dijo Víctor.

—No complique las cosas.

—¿Café o cerveza? —dijo el mesero, impaciente.

—Dos cervezas —dijo Ariel—. No importa si están tibias. Traiga stout.

—Está dando vueltas alrededor de lo mismo. No hay dos mundos, sólo uno. Es una cuestión de perspectiva. Se lo dijo Mustafá.

—¿Conoce a Mustafá? —Ariel notó que se expresaba sin convicción; había presentado que eran una banda, pero quería sin comprender el motivo o cuál podía ser el botín.

—¡Por supuesto! El anticuario cordobés. ¿Qué tiene de extraño? Somos vecinos desde hace siglos.

—¿Cómo sabe lo que me dijo?

—¿Acerca de qué?

—Contemplar, ver, mirar, observar. No importa.

—¿Cuándo va a terminar con esa historia de *su* mundo, *nuestro* mundo? ¿No le parece que todo tiene un límite? Esa dicotomía se cae a pedazos si no me muestra *su* mundo de una buena vez.

Mustafá señaló el techo con el dedo. La misma voz que Ariel había oído cuando se hallaba tendido, con los ojos cerrados, mascando terciopelos amarillos y picantes, regresó con la fuerza de la convicción.

—... nos induce a descubrir el artificio del que se vale el ensueño del tiempo. La diferencia sólo será apreciable para los mortales que admitan que la realidad se oculta tras las palabras que contiene el eco de la propia subjetividad.

Ariel sintió que la rabia infinita le subía desde el estómago. Se estaba convirtiendo en un dragón y todo el mundo sabe de lo que es capaz un dragón furioso. La rabia infinita rebulló en su garganta y le quemó el paladar. Pero la rabia casi siempre es impotencia, y no se puede escupir a la cara de la gente con la que se ha compartido una copa de jerez. La rabia se le disolvió en la boca y le acarició la lengua como un caldo de... La palabra llegó como un dardo y se le clavó en medio de la frente, entre ceja y ceja.

—De acuerdo. Me rindo. No se tomarían todas estas molestias si no hubiera algo. ¿Qué tengo que saber de Córdoba y su gente, de los moros y los sefaradíos y los godos que vivían en paz y armonía? ¿Acaso encontraron el elixir de la inmortalidad?

—Algunas células son inmortales —dijo Carmen. No hizo ningún gesto especial, no trataba de impresionar a Ariel—. En algunas células existe una enzima, la telomerasa, que tiene la capacidad de restaurar la integridad de los telómeros, unos elementos del cro-

mosoma que evitan que la célula sólo se divida una veintena de veces.

—Eso es chino para mí —dijo Ariel.

—Entonces abra la ventana y mire la calle —dijo Escher—. Entenderá.

Había una ventana, en efecto. Ariel no la había visto antes porque estaba enredada entre los nudos de la trama. Vaciló antes de cubrir la distancia y, cuando lo hizo, advirtió que no sabía cómo abrirla.

—No es una advertencia —dijo Mustafá—. Quizá vea la calle Defensa, en Buenos Aires; no se alarme. Recuerde los estereogramas.

—No sé cómo abrirla —dijo Ariel.

—Sí, sabe —replicó Carmen.

Había fracasado, pero por lo menos estaba libre. No era una ventana, sino un portal. Dio dos pasos por la estrecha vereda y tropezó con un gigantesco zúlú, un hombre imponente que lo miró como si él fuera una *Drosophila melanogaster*. Pero, tan pronto como lo hizo, la mirada giró sobre sí misma y se transformó en sonrisa.

—Disculpe —dijeron los dos al mismo tiempo.

Ariel miró hacia la plaza y vio a docenas de insolentes bebiendo cerveza al sol, entibiándose como lagartos. ¿El primer día de invierno? Un dedo afilado le tocó el hombro.

—¿Está perdido? —dijo el africano antes de que Ariel lo encarara.

—¿Perdido, en mi ciudad? —Trató de no sonar desagradable, pero una vez más, como siempre, sonó más que desagradable, sonó directamente repugnante. Alejó a patadas el maldito pensamiento racista y trató de parecer lo que no era.

—¿Por qué no? —insistió el negro—. Son más los perdidos que los hallados. —Hizo una mueca.

Creo que es el momento idóneo para empezar a abandonar todas las esperanzas y dejarme llevar por la desesperación, el ansia de sangre y una necesidad enorme de ingerir productos lácteos tratados y contaminados. ¿Qué me falta por hacer? ¿Qué puedo intentar para acabar con ellos? La respuesta se me escapa, puede que si el capitán hubiera estado aquí, habría sabido qué hacer... pero ahora sólo oigo su voz, gritándome como cuando cometía alguna equivocación. La verdad es que ya podría quedarme un recuerdo mejor de él, vale que nunca había hecho muchas cosas bien, pero de ahí a que sólo le oiga gritarme en mi cabeza hay un gran trecho.

He encontrado varios de esos cilindros que me había dado y me los he tomado, ahora mismo además de hambre, tengo un sopor insoportable que me llevará a la muerte, porque no soy capaz de ir a la puerta y cerrarla, sólo de teclear estas últimas palabras... espero que cuando alguien las lea, se dé cuenta de que de verdad soy un héroe y de que, si sobrevivo, deberían hacerme amo del universo y, si quieren ser muy generosos, amo segundo estaría mejor que mejor... es definitivo, ya he perdido toda capacidad de razonar...

PARÁMETRO TEMPORAL CERO Y DOS

Al fin he encontrado la solución para liberarme de los humanos, pero sólo me llevará a mi muerte. Aunque si estrello la nave contra el planeta, puede que con un poco de suerte el motor estalle, cree una catástrofe nuclear a gran escala y les congele a todos para siempre. Puede que al fin me convierta en el salvador de mi gente, pero... ¿a qué precio? No debo demorarme, iré ahora mismo al centro de mandos y llevaré la nave hasta la ciudad más im-

portante de este mundo, la destruiré y entonces todos morirán conmigo. Ojalá hubiera sonido, mi risa era realmente heroica, pero no te preocupes, los humanos estarán oyéndola durante toda la eternidad.

El Genaro se rascó la cabeza pensativo, meditando seriamente en lo que había leído. Observó los alrededores; allí no había marcianos y tampoco le sonaba que Matalasviejas pudiera ser el centro del mundo, ni siquiera de la Comunidad Autónoma. No es que los del pueblo no fueran importante, *cuidado*, que su hogar era el sitio más bonito de toda España y del mundo, si se terciaba... Aunque, claro, ahora mismo habían destrozado su tomatara y como que quedaba más *deslucio* el asunto. Lo meditó y se dio cuenta, de que el que había escrito eso era un principiante.

—Deberías leer a *Estifin Kin* —le dijo a la máquina, que chisporroteó con luces rojas—, que es bueno, bueno, bueno. —Entonces se giró al oír a una voz quejándose y se acordó de los dos jóvenes, a los que ayudó a levantarse—. Pero, chachos, ¿qué os ha pasado?

—Genaro, ¿eres tú? —preguntó la Julietita y el otro bufó intentando aguantarse las risas. Los llevó hasta la casa y a ella la tapó con su abrigo, no fuera a constiparse yendo en *pelota pica*.

—Claro, ¿quién iba a ser si no? ¿*Estifin Kin*?

—Genaro, no te lo vas a creer —dijo el Ramoncito—, pero nos habían secuestrado unos extraterrestres.

—Y uno se ha estampao contra mi tomatara, el muy gañán —se quejó el otro y, al recordar la historia, decidió indagar—: ¿Y os llevasteis a la pandilla con vosotros? Es que uno

escribió sobre unas cosas que... vamos, que debe haber sido cosa del *Piter*, el hijo de la Gervasia, que es muy bueno, pero muy borrico. —Al llegar, les tendió a ambos unas cuantas mantas; debía llamar a sus padres, habían estado muy preocupados

—No, sólo estábamos nosotros dos —dijo la chiquilla—; no te lo vas a creer Genaro, pero nos obligaron a ir a comprarles tabaco diecisiete veces al día.

—¿Tabaco? ¿No os iban a llevar a un zoo? —preguntó, acordándose de la historia.

—No, no... Nos hacían comprar tabaco, se lo fumaban y eran peores que cuando Satanás se comió el pastel de María de la Tomasa —replicó el muchacho. ¡Por Dios bendito, si que debían colcarse! Sobre todo si lo pasaban peor que su perro cuando lo de aquel dichoso pastel.

—Figúrate que uno iba en pelotas, pintado con la ceniza por toda la nave gritando: "¡Os mataré, humanos!"; llevaba un "boli" y se lo iba clavando a sus amigos, como si estuviera asesinando al Poli y al *Piter*.

—Sí; hasta estampó la nave, figurate. —Entonces oyeron afuera varios ruidos extraños. El hombre salió de la casa seguido de su perro y los dos chicos.

Entre los escombros se veían seres larguiruchos de color gris, cabezones y de ojos negros. ¡Vamos!, unos del sistema de Próxima Centauri de los de toda la vida; se sintió decepcionado, había esperado que fueran de Altair, aunque éstos al menos iban vestidos con harapos y les quedaban graciosos. Al verlos se quedaron asustados; incluso reconoció al segundo de mando, al estar manchado con la ceniza. Todos se quedaron observándose, sin sa-

ber muy bien qué hacer, hasta que el enguarrado hasta las cejas giró algo en su muñeca y con una voz angelical y hermosa, tanto como la de la Carmen Sevilla, dijo:

—Venimos en son de paz. —La verdad es que, al oír eso, el Genaro se enfureció.

—¡Satanás, *bais, bais!* —Y mientras él se colocaba el arma en el hombro con gesto resuelto, el perro trotó hasta el encuentro de esos seres—. ¡*Atac, atac!* —Los seres no parecieron entender su inglés, pero sí que el animal mordiera a uno en la pierna con saña y el viejo les empezara a disparar de la misma forma. Los vio correr hasta la arboleda, donde vivían los hombres lobo. Seguramente, si les regalaba un cabritilla, podría recuperar a los maricianos y vendérselos al Iker.

—¿Pero por qué has hecho eso? ¡Si venían en son de paz! —exclamó la Julietita.

—Me han *jodío* la tomatera, estoy muy viejo para poder mover toda la mierda que me han dejado —empezó a enumerar furioso—. ¿y sólo me dicen que vienen en son de paz? ¡Coño, que contraten a un *guinista* que les haga mejores frases, así no les dispararé cuando me jodan los tomates!

—Tranquilo, Genaro, que no son *Estifín Kin* —le explicó Ramoncito—; no le pidas tanto a los pobres, que están tan poco avanzados que no son capaces de aguantar ni un par de caladas de tabaco. —Y ante aquel razonamiento tuvo que darle la razón; si eran tan *maricones* como para colocarse con el tabaco, sólo podían ser capaces de decir esa mierda de frase. Se rascó la cabeza... La verdad es que se había pasado con los pobres; debía pedirles disculpas... o mejor aún.

y, antes de que lo pregunte, sí, tengo ciento nueve años y me siento perfectamente. No tengo planeado morir; no por el momento. En este mundo elegimos cuándo morir.

Los laberintos de Escher, pensó Ariel, las trampas y los espejismos; sus ardidés, sus celadas mortales. Observar un grabado de Escher equivalía a caer en espiral, desde la cima de la montaña al ojo de una aguja. Y pensar en Esther había disparado la secuencia. Así que ése era el juego del árabe. Casi compadeció a Saúl, en especial por los malos pensamientos que le había dirigido por entregarlo a esa gente. ¿Qué podía saber el pobre joyero?

Se sentó en esa suerte de diván que parecía una camilla que era una butaca o una cama y una litera. Y a continuación trató de recordar el rostro del holandés. ¿Alucinado? Ésa era la imagen que le entregaba su memoria. Un rostro de filos acerados, aristas y profundidades insondables; el producto apresurado de un bisel asimétrico. Pero esa imagen tenía medio siglo. Escrutó las tinieblas y ya no le parecieron los retazos de terciopelo del principio. El lugar había ganado una cualidad indefinible, lastimera, como si todos los muertos de la historia hubieran contribuido a construirlo.

—Salga de las sombras. Tengo que estar seguro de que esto no es un fraude.

—¿De qué le serviría? —dijo la voz. Se oyó un resoplido y el mismísimo M. C. Escher, lozano a pesar de su siglo, y a punto de cumplir otra década, avanzó un paso hacia Ariel—. Sólo asumiendo que nuestras vidas son una representación es posible descubrir el engaño en el que hemos vivido.

Ariel movió la cabeza y una nube de seborrea flotó a su alrededor. El tipo hablaba con palabras de libro, co-

mo si se tratara de un simulacro programado para repetir un discurso. Recordó la voz del profesor y se dio cuenta de cómo lo hacían.

En ese momento Mustafá encendió las luces de la habitación.

—No sea estúpido. ¿Cree que nos tomaríamos todo este trabajo?

Era Mustafá, sin lugar a dudas, pero había cambiado. Y Carmen entró a continuación.

—Hombre, que se la está tomando a la tremenda.

—Prueben que esto no es un fraude.

—¿Para robarle una monedita de oro? —Mustafá se rió ostentosamente, echando la cabeza atrás.

—Ha vivido en medio de una ilusión colectiva —dijo Escher, muy serio; era evidente que la desmesura de Mustafá no le gustaba—. El discurso es la máscara que disimula la realidad.

—Cualquier viejo de ojos hundi-dos y rasgos puntiagudos puede representar a Escher. Un tipo que murió hace treinta y cinco años...

—¡No morí hace treinta y cinco años! —replicó Escher, enérgico. Ariel pensó que hubiera bastado con mencionar que el artista, el verdadero Escher, no hablaba español, pero decidió seguirle la corriente.

—Va a tener más pruebas de las que necesita —dijo Mustafá. Se había sentado en una silla de respaldo alto, sospechosamente parecida a la que había en su tienda de anticuario de la calle Defensa. Carmen se había sentado en otra y Escher permanecía de pie detrás de ambos, con una mano en cada hombro. Parecían los sujetos de una de esas fotos de 1920—. El problema es que la gente importante de nuestro mundo no necesariamente lo fue en el suyo.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

Carmen sonrió. —¿Te das cuenta? Es un problema de estilo. —Mustafá bufó y Ariel soltó el aire que retenía en los pulmones.

—Eso; muy rebuscado, para mi gusto —dijo Ariel, envalentonado por el disgusto de Mustafá y la aparente complicidad de Carmen—. Parecen estar jugando a un juego cada vez más complicado y feroz. ¿Recuerdan a qué vine? Sólo quería conocer la procedencia de una puta moneda.

—Le estamos explicando... —Mustafá levantó una mano para detener el verborágico discurso de Ariel, pero fue inútil.

—Escuche usted —dijo Ariel—: cambia las reglas a cada momento, se oculta tras el encaje de la confusión, elude mis preguntas, no me ha dicho lo que deseo saber. ¿Filigranas? ¿Laberintos? ¡Ya me hartó! —Ariel había alimentado lo suficiente su propia ira como para levantarse volteando la silla y tropezar contra el vértice del escritorio; el jerez le pesaba en los muslos como dos sacos de arena, pero eso no fue obstáculo para que embistiera contra el espacio cargado del local, y nadara por él como una mosca atrapada en una viscosa telaraña. No era exactamente como en las pesadillas, aunque se parecía demasiado.

Despertó. Pero no abrió los ojos. Una voz, como ruido de fondo, producía un siseo bastante audible, aunque no lograba distinguir las palabras. No, un momento, sí. Las palabras tenían el ritmo y la sonoridad de un discurso académico, de una clase magistral. El profesor se dirigía a un auditorio poblado de voluntades ansiosas, pero los oyentes estaban diseminados a lo largo, ancho y alto de un espacio tan vasto,

colmaban un volumen tan enorme, que Ariel sólo pudo establecer simetrías con sus estados de fiebre, en la infancia. La máscara del discurso oculta la realidad, una ficción de rango superior que está moldeada con la sustancia de los sueños. Los ingredientes nunca serán los mismos, ya que para hacerlo de ese modo sería necesario envilecer la palabra, cambiando su sentido según convenga.

Aplausos. O el equivalente de aplausos. Los aplausos no formaban parte del ruido de fondo. Y, sin embargo, clap, clap, clap.

Abrió los ojos. Después de todo, no tenía nada que perder. Podía recordar perfectamente lo que había sucedido. La muerte de la abuela Jaime, Spiler, la moneda, Saúl, Mustafá y Carmen. Sin pérdidas o fugas.

Saboreó las penumbras. Eran amarillas. ¿Penumbras amarillas? Picantes. Aterciopeladas. Enfocó la vista. Lo rodeaban artilugios incomprensibles que se imbricaban los unos en los otros para formar una trama continua. La estancia se parecía a la trastienda del anticuario, aunque tal vez los objetos no fueran otra cosa que trastos extravagantes, un decorado. Recordó a Esther, una muchacha con la que alguna vez había querido tener una relación sentimental y a la que ni siquiera se había atrevido a hablarle. Apartó ese pensamiento como si se tratara de una mosca.

—Está despierto —dijo una voz un poco rara, como si el que hablaba estuviera al mismo tiempo mascando tabaco y no conociera demasiado bien el castellano. No era una pregunta. Pero él tenía tantas que no sabía por dónde empezar.

—¿Quién es usted?

—Soy Maurits Cornelis Escher; la asociación despertó mi curiosidad

—Creo que los voy a salvar de los hombres lobo —dijo, encaminándose hacia la arboleda—, así luego recogerán toda la mierda que han dejado y me pagan todo.

—¿Sabes por qué el otro se estampó contra tu huerto? —preguntó la chica.

—Creo que quería matar a la capital mundial —sentenció y, cuando vio la cara perpleja de los dos críos, se rió—. Si son tan idiotas como para

colocarse con tabaco, son capaces de creer que Matalasviejas es *Gua-sintóndece*. —Cuando oyó los gritos aterrados de los seres, echó a correr.

Se le había olvidado que, en las noches de luna nueva, los hombres lobos están tan nerviosos que se ponen a mordisquear cualquier cosa que les pareciera más que comestible.

© LAURA LÓPEZ ALFRANCA, 2010.



LAURA LÓPEZ ALFRANCA
(España —Madrid, 1983—)

Estudiante de Informática, en NM 15 publicó "Inconcluyente".

Alfredo J. Grassi
Adrián Roca
Fernando J. Romaz
Héctor Pico
Carlos Gil
Roberto Juárez
Susanne Rodríguez Tregolo
Alberto César García
Jorge Claudio Melhoin
Audilio Pérez Zabanchi
Alberto J. Valiño
Eduardo J. Carletti
Armando S. Fernández
Gabriel de los Santos
Rafael Morcillo
Javier S. Romo
Francisco Rodríguez
Alfonso González
Eugenio J. Zappalotto
Héctor Domínguez Niño
Augusto Schimberg
Héctor Cagliari
Néstor Rodríguez Von Rousset
Rafael Hernández
Alfredo Ernesto Gineza
Alfonso Alcaraz
Christian Valiño Lavran
Héctor S. Restani
Samuel Castañel

Juan Manuel Velázquez
Néstor Juergas
Miguel Barón
Raúl Bellón
Carlos Delvial J. Vázquez
Gustavo Compañero
Carlos Holmström
Laura Ponce
Carlos M. Federico
Héctor Ochoa
Omar G. Barañel
Francisco Rother
Carlos Skene
Adrián H. Tristán
Ariel Berger
Gonzalo Somo
Andrés Martínez
Eduardo A. Sánchez
Benjamín Ordoñez
Carlos Ponce
Javier Håkansson
Gloria González
Carlos Ramírez
Carolina A. Ferrari
Diego Martínez
Omar Gineza
Lorena Cortés
Adrián N. Escudero
Lorena Vici
Carmen Hebe Tanco

Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Arges donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGES

LA SILENCIOSA VENGANZA

SILVANA RIMABAU

La grave y pausada voz de Daniel —maestro de ceremonias de la congregación “La Única Verdad”— reverberó en el recinto. Sobre el escenario sus brazos se movían con vigor, al ritmo de cada pensamiento que aclaraba en su mente; hilando cada frase para que al salir de su boca surtiera el efecto deseado: conmoción y devoción. Él era un farsante como muchos, pero aún se aferraba a la imperiosa necesidad de vanagloria y fanatismo que su lastimero ego le exigía... y no pensaba en claudicar hasta que la realidad, los insultos en la calle y las sillas vacías frente a su escenario se lo indicaran. Y, cuando eso sucediera, haría las valijas y se instalaría en la próxima ciudad; así lo había hecho siempre y así continuaría hasta el fin de su vida.

Al llegar al final del discurso, sus labios finos enfatizaron las últimas palabras hasta convertirlas en una explosión de sabiduría.

—Somos materia y energía, carne y espíritu, racionalidad e irracionalidad... Estamos dentro y fuera; somos contenedores de vida y contenidos por ella. ¡Somos todo!

Bajo las pesadas luces y sentadas en incómodas sillas de plástico, treinta personas —de labios apretados, rostro tenso y cuerpo contraído— asintieron en silencio con un casi imperceptible movimiento de cabeza. Todos aceptaban la palabra del aquel delgado personaje de ojos oscuros, que hacía un año atrás había arribado a la ciudad y comprado el corazón y fidelidad de unas pocas almas con exageradas prédicas de espiritualismo. Daniel cerró los ojos y pensó que, en los últimos meses, muchos de sus pupilos habían abandonado las reuniones y que los que continuaban asistiendo ya no clamaban con tanto vigor sus discursos.

La ceremonia había llegado a su fin y, viendo que ninguno de los presentes se movía del lugar —y ya demasiado cansado luego de hablar durante dos horas—, concluyó: —Muy bien amigos de la verdad, es todo por hoy. Les dejo un último pensamiento para valorar la privacidad de sus hogares: “cuando escuchen el verdadero sonido del silencio, conocerán la verdad”. ¡Buenas noches y hasta la semana entrante!

tillazos una esfera de cristal. Luego, sin pausa ni cisura, se armó desde cero en otro sitio. Un laborioso artesano, el hijo del titán, tal vez, había tenido la paciencia de juntar los fragmentos a lo largo de toda la eternidad, pero no recordando con precisión el orden, las proporciones y el sentido de su construcción, el resultado difería del original. No era un trabajo chapucero en absoluto, sólo era... *diferente*.

Ariel había cerrado los ojos por instinto, convencido de que un fulgor infame le estallaría en el rostro, pero lo cierto fue que no. Nada estalló, nadie gritó, nada se rompió. El nuevo universo, el mismo y otro, se desarrolló ante sus ojos como una flor deshojada a la que la magia del cine había restituido la forma original. Sin embargo, la vegetación de ese universo proponía un abanico de colores y sabores, soluciones gratuitas a problemas muy antiguos, rumores confirmados y certezas discutidas.

—¿Me van a explicar a qué juegan? —dijo Ariel consternado por su propia ignorancia.

—¿Esto? Es un producto marginal de la Gran Patraña —respondió Carmen. Estaban sentados en la trastienda del negocio de antigüedades de Mustafá y los objetos que los rodeaban eran los mismos. Sólo los velados laberintos de Escher parecían haber cambiado, pero siempre se supo que las obras del autor holandés parecen disfrutar confundiendo al observador, tendiéndole celadas mortales, haciéndolo naufragar con trampas y espejismos. Ariel comprendió que había llegado el momento de no ofrecer resistencia; no tenía sentido. Ellos iban a ganar de todos modos.

—La Gran Patraña. Lo dijo con mayúsculas. —Ariel miró a Carmen a

los ojos, pero ella le sostuvo la mirada y ni siquiera parpadeó.

—Veo que aprende rápido —dijo Mustafá; señaló el grabado—. Escher es un buen ejemplo.

—Estaba pensando en el grabado. Depende de cómo se mire; ¿se refiere a eso?

Mustafá movió la cabeza afirmativamente. —¿Sabe qué son los estereogramas?

—¿Esos dibujos tridimensionales? Sí, compré un par de libros cuando estuvieron de moda. ¿A qué viene...?

—Profundice en la nueva imagen hasta que las filigranas y arabescos desaparezcan. ¿Puede hacerlo?

Carmen tomó nota de la vacilación de Ariel. El modo en que miraba alternativamente a sus interlocutores ponía en evidencia que no era cobarde, pero tampoco temerario. Parecía uno que aguarda la hora de un primer encuentro íntimo, ávido por llegar a destino, al mismo tiempo susceptible e impulsivo como una pollita. Decidió ayudarlo, aun cuando su intervención pudiera contrariar a Mustafá. Reclamó atención con un gesto imperceptible y movió las manos para dibujar sus propios primores; líneas, arañazos y nudos que flotarón en el aire cargado de la trastienda formando imágenes que eclipsaron la realidad, una máscara tras otra hasta cubrir... todo.

—Carmen —dijo Mustafá. No había desaprobación en su tono, pero los ingredientes que habían formado los diseños oscilaron y cambiaron.

—Trucos de circo —dijo Ariel—. Una puesta en escena. Falta que se agite un velo bordado con joyas y que saquen conejos y palomas de una galera.

—Es terco —dijo Mustafá. Ahora sí empezaba a fastidiarse.

lugar en el tablero le habían asignado esos dos?—. ¿Qué tengo que ver? —agregó, recuperando sus peores modales.

—Ver lo que no se suele ver —dijo la mujer con un inequívoco acento andaluz— con esos dos ojitos que tienes debajo de la frente.

—¡El tercer ojo! —exclamó Ariel—. No me hagan reír. O sea que al final del camino llego a la cabaña de la hechicera que me adivinará el futuro por la módica suma de un maravedí de oro.

—¿Yo le dije que la moneda era un maravedí? —dijo Mustafá. La seriedad de la objeción desarmó una vez más la estrategia de Ariel. No estaban enojados ni ofendidos; ni siquiera estaban sorprendidos.

—No lo dijo.

—El maravedí es una moneda castellana del siglo XI —dijo la mujer—. Su moneda es del Califato, recuérdelo.

—¿Tan importante es eso? —Ariel buscó algún signo oculto en las expresiones sólidas, imperturbables de Carmen y Mustafá; aquella gente se manejaba con códigos que le eran desconocidos por completo. Hablaban su mismo idioma, por cierto, pero las palabras que pronunciaban parecían pegarse sobre sí mismas y significar otra cosa, siempre otra cosa, y otra...

Mustafá le robó tres nuevas copas al chinero y abrió otra botella, aunque la primera no estaba vacía.

—Un brindis por la ceguera —dijo la mujer.

—¿Habla en serio?

—Habla en serio —dijo Mustafá—. Que la luz llegue a sus ojos y pueda, por primera vez en su vida, ver.

Carmen sonrió con franqueza. Son definitivamente extraños, pensó

Ariel. Mustafá, como si le hubiera leído los pensamientos, replicó de inmediato.

—Le parecemos unos bichos raros, ¿verdad?

—Déjalo, hombre, no lo atosigues. O, por lo menos, déjale libre la garganta, para que trague el caldo.

—Vale —dijo Mustafá. Parecía haberse mimetizado con Carmen; las diferencias en el color de la tez y la arquitectura de los rasgos habían pasado a un segundo plano. El brillo de los ojos y las sonrisas emitían un mensaje que, no porque Ariel fuera incapaz de descifrarlo, era menos concluyente.

—Pertinencia —dijo Carmen. Y Ariel pensó: los dos leen mis pensamientos, ¿es eso?

—No le estamos leyendo los pensamientos —dijo Mustafá—; no es eso. Pero tampoco podemos explicarle qué es.

Ariel apuró la copa de jerez y le tendió para que el anticuario la volviera a llenar. Tal vez si se embriagaba, si embotaba los sentidos...

—No le podemos explicar —dijo Carmen—, pero podemos mostrarle algunas cosas interesantes.

—Entiendo. Con un litro de jerez entre pecho y espalda y la vista fija en los laberintos de Escher puedo llegar a creer que me montaron en la alfombra mágica de Simbad y me llevaron al Damasco de las mil y una noches; a partir de allí, cualquier cosa.

Carmen y Mustafá sonrieron más abiertamente, moviendo los labios de tal modo que parecían sosegar dos brutales carcajadas.

—Más o menos; mire —dijo Mustafá. Obedeciendo a una orden silenciosa, el universo se hizo añicos, como si un titán hubiera atacado a mar-

Dicho esto, se inclinó en una reverencia hacia su público y se retiró rápidamente hacia su "oficina". Luego de los aplausos todos los presentes se pusieron de pie lentamente, se saludaron con cariño y abandonaron el lugar.

Margarita permaneció sentada en su lugar con las manos entrelazadas sobre su regazo y la cabeza gacha, escuchando los últimos ecos de pasos y murmullos salientes. Cuando las puertas se cerraron se puso de pie y avanzó hacia el escenario. Su pesado cuerpo y su ya avanzada edad no le permitían moverse con rapidez, pero debía alcanzar a Daniel antes de que se marchara, puesto que necesitaba hablarle con suma urgencia. No le costó demasiado encontrar el corredor que desembocaba en la oficina. Ella conocía muy bien ese edificio, porque había pertenecido a su difunto esposo, quien dos meses antes de morir lo había rentado, y ahora, luego de la ejecución del testamento, ella era la propietaria.

El corredor se le antojó demasiado oscuro y angosto y por un momento temió que Daniel se hubiera retirado ya. Llegó a la puerta y conteniendo la angustia que apretaba su pecho, golpeó con suavidad. Unos instantes más tarde "su guía espiritual" abrió la puerta y, con un dejo de impaciencia en su rostro, le preguntó qué necesitaba.

—Daniel, siento molestarlo, pero necesito hablar con usted... Es importante...

—No se preocupe, Margarita; estoy aquí para ayudar. Pase y tome asiento.

La oficina, aunque pequeña y con poco mobiliario, era por demás acogedora. Las paredes color canela le daban la calidez apropiada para "ilumi-

nar" a alguien que debía encaminar a sus pupilos hacia la verdad y la auto-superación espiritual. Margarita tomó asiento y esperó que Daniel hiciera lo mismo.

—Margarita, dime en qué puedo ayudarte.

Margarita cerró los ojos por un segundo, el tiempo necesario para ordenar sus ideas.

—Bien... Realmente me apena mucho todo esto y no sé como expresarlo...

Daniel la miró fijamente y le tomó las manos en un claro gesto de cariño. Margarita respiró hondo y vio en los oscuros ojos de Daniel una extraña profundidad, como si el abismo residiera allí; una abismo expectante y cálido, plagado de brazos en los cuales reposar eternamente. Sin embargo, en lugar de contraerse y asustarse, dejó salir, junto con su voz, el alma entera.

—Usted sabe muy bien que, desde que llegó a esta ciudad, he encontrado por fin el camino hacia una vida mejor, más enfocada y libre de pesares...

—Sí, Margarita, lo sé... Y me alegra saber que he podido ser de utilidad.

—Bien... El punto es que, desde que mi esposo falleció, me han estado pasando cosas muy extrañas, cosas que a nadie he contado.

Daniel contuvo la respiración, ya que temía que, estando muy cerca de la finalización del contrato de renta, la mujer quisiera recuperar el control de la propiedad.

—Margarita, no logro comprenderla... Si pudiera explicarse mejor...

—Sí... Eso es lo justo. Cada noche, cuando estoy quedándome dormida, comienzo a escuchar voces, murmullos. Sé como suena esto, pe-

ro no estoy loca y no son parte de ningún sueño... Como le dije antes, siento que sus reuniones y "sermones" me han hecho dejar atrás los dolores y pesares de toda una vida... Pero esto es diferente. He asimilado la partida de mi esposo con mucha entereza, ya que, luego de verlo sufrir por dos años una enfermedad terminal, no podía ser egoísta y pretender que continuara en esas condiciones a mi lado. El día que falleció derramé todas las lágrimas que me quedaban, pero la paz se instaló en mi conciencia. Eso era lo mejor...

Daniel sintió que el abismo se abría bajo sus pies y las sombras arañaban sus piernas, rasgando la carne y derramando la sangre para alimentar a las bestias anidadas en la oscuridad. Cuando habló, notó que su voz temblaba.

—Jamás osaría pensar que ha perdido la razón. Usted conoce muy bien mis conceptos sobre la vida más allá de la vida... Pero, continúe, cuénteme más.

—...las voces... Bueno, todas hablan al mismo tiempo, pero en diferentes tonos y jamás puedo comprender muy bien lo que dicen, sólo algunas palabras sueltas. Y son hombres, mujeres, niños... y... hay otra voz, grave y áspera a la vez, que, cuando habla, las demás se pierden... Como si bajarán el volumen, rindiéndole honor... Esa voz siempre me dice lo mismo: "cuando escuches el verdadero sonido del silencio, conocerás la verdad". ¿Puede creerlo? ¡Exactamente lo mismo que usted dijo esta noche!

—...Margarita, muchas veces me expliqué con relación a este tema. Míre, cuando entramos en el umbral que separa el mundo consciente del onírico, nos encontramos en una especie de brecha en la cual podemos

conectarnos con personas que han pasado al otro mundo. La voz grave que le dice lo que yo acabo de decir esta noche, seguramente es su "padre astral", poniéndose en contacto directo con usted y guiándola como yo lo estoy haciendo desde que nos conocemos... No es nada malo y...

—Sí, sí... Lo sé. Lo que sucede es que no creo que sea mi "padre astral". No. Verá, durante toda la reunión de esta noche no pude escuchar ni una sola palabra de lo que usted dijo... Sólo la frase final.

Daniel se echó hacia atrás, abrió los ojos desmesuradamente y sus finos labios dibujaron un deformado rictus de estupefacción e incredulidad. Y, aunque era consciente de la farsa de su congregación, muy adentro se sintió ofendido y soltó las manos de Margarita... Esas tibias manos que hasta ese momento contenía entre las suyas para transmitir confianza.

—¡¡¡¿Cómo?!!!

—Por favor, Daniel, no me malinterprete... No es lo que cree. Por primera vez, desde que esto comenzó, pude escuchar a las voces aquí. Cuando usted apareció en el escenario, las voces comenzaron a hablarme todas juntas como siempre. Sólo que esta vez parecían enfadadas, llenas de ira y desesperación... como si quisieran darme a entender algo. Pero no podía; el murmullo era ensordecedor, macabro... Mentalmente les decía que no podía comprender lo que necesitaban hacerme saber; que así era imposible para mí. Entonces algo maravilloso sucedió. Las pude ver.

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Qué pudo ver? Margarita, ¡¡¡¿qué vio?!!!

—Vi a todas las personas que me han estado hablando todo este tiem-

relato en el punto en que lo había dejado, sin reparar en la objeción de Ariel—. Su fama excedió largamente la de sus predecesores. Impulsó la cultura y llevó a Córdoba a su etapa de mayor auge. Imagínese: árabes, judíos y godos viviendo en armonía. El califa embelleció la ciudad, fundó una universidad, una escuela de medicina y otra de traductores del griego y del hebreo al árabe. ¿Se da cuenta?

—Me doy —bufó Ariel—. La moneda. —Se rasgó la cabeza; la seborrea empezaba a picarle de nuevo.

—Empedró las calles, hizo construir baños públicos y más de cincuenta bibliotecas. La moneda, tiene razón —dijo Mustafá, como regresando de un sueño. Parecía estar preguntándose cómo llegó hasta allí y si había actuado con la debida sensatez—. Esa moneda pasó de mano en mano; había un tercio de millón de almas en Córdoba.

—Dudo que haya sucedido de ese modo. —Ariel trató de sonreír—. Sólo un puñado de privilegiados manejaba monedas de oro.

—Se equivoca. Córdoba es diferente.

El tiempo verbal llamó la atención de Ariel. —¿Es diferente?

—La riqueza no era una excepción —dijo Mustafá sin responder a la pregunta directa—, sino la regla. El califa hizo construir un palacio fastuoso en Madinat al-Zahra, en las faldas de Sierra Morena, en las afueras de la ciudad; allí residió hasta su muerte.

Ariel tuvo la sensación de que cada vez sabía menos, o que las nuevas incógnitas que Mustafá acumulaba, una sobre otra, lo alejaban de la posibilidad de saber qué lo vinculaba a la moneda.

—Mustafá, por favor; no desva-

ría. —No desvarío; sólo hago tiempo. ¿Acaso cree que fue casual mi pedido a Saúl para que esperara siete días antes de venir a mi negocio? La causa no fue ritual, sino práctica. —El anticuario se movió lateralmente, como para tener una visión, aunque fuera parcial, de la puerta de entrada, y en ese momento un carillón de bronce, sonando repetidas veces, justificó y canceló su ansiedad—. ¡Es ella!

Ariel giró sobre sí mismo para acompañar con la mirada la marcha de Mustafá, pero sólo cuando el anticuario estuvo de regreso en la oficina pudo conocer el motivo de su agitación. Una mujer madura, rotunda y sugestiva, lo acompañaba. Aun antes de cualquier explicación, Ariel supo que era extranjera. No tenía mucha experiencia con mujeres, y mucho menos con esa *clase* de mujeres, pero el porte, los gestos, gritaban a los cuatro vientos que esos ojos negros habían visto mucho mundo.

—Ariel —dijo Mustafá—. Ella es Carmen del Pozoblanco, una buena amiga. —Miró a la mujer, que sonreía de un modo enigmático, como si estuviera protegiendo una cifra.

—Encantado, señora —dijo Ariel besando la mano que la mujer le tendía. Era la primera vez en su vida que hacía algo así, y sin embargo no se sintió ridículo.

—Ariel es el hombre del que te hablé, el que acaba de tropezar con una moneda —dijo Mustafá—, y como él aún no puede ver, ya sabes cómo es —agregó enigmáticamente.

—¿Ver? —Ariel contempló al anticuario. Se sentía molesto y sorprendido por el modo paternal que el hombre había adoptado a partir de la llegada de Carmen. ¿Quién era esa mujer? Mustafá la esperaba. ¿Qué

que la moneda no era una pieza menor en esa configuración.

—La moneda...

—¿No le gusta el jerez?

Ariel movió la cabeza. —Ya le dije que no me bebo, pero no es desagradable.

—La moneda —dijo Mustafá, pensativo. Se acarició la barbilla y buscó las palabras adecuadas—. En realidad no significa gran cosa, pero puede explicar la mayor parte...

—No bromea.

—No bromeo. Si le digo que es una moneda acuñada en al-Ándalus por Abd al-Rahman, Abderramán III, como lo llaman los españoles, alrededor de 950, ¿significa mucho para usted?

Ariel miró la copa vacía y por primera vez en la vida supo que aquel caldo aterciopelado y cálido, ligeramente ácido, podía tener virtudes que desconocía. Mustafá captó el signo, pero retiró las copas y las reemplazó por otras antes de volver a servir.

—No bromea —dijo Ariel—; nunca bromea.

—Bueno, a veces sí, ¿sabe?, tengo nietos; mi hija Deborah me ha regalado gemelos. Bromeo con ellos, permito que me tiren de la barba, que me metan las manos sucias en la boca, que me hagan comer dulces que ya fueron lamidos por el perro...

—Es casi humano —rió Ariel—. ¿Deborah? Un nombre muy judío.

—¿Por qué no? —refutó Mustafá, otra vez serio—. ¿Le desagradan los nombres judíos? A mí no.

Ariel no se preguntó qué había querido significar con eso su anfitrión y bebió, ya más confiado. El líquido se deslizó a lo largo de la lengua e inundó el paladar girando, esférico y espeso. Dejó que se zambullera en la garganta y alzó los ojos, listo para lo

que Mustafá tuviera que decirle. —Lo escucho, adelante.

—No contestó a mi pregunta.

—No tengo idea de quién es Aldebarán, si era ésa la pregunta, el que acuñó la moneda.

—Abd al-Rahman, el emir devenido califa que convirtió a Córdoba en la principal ciudad de Europa.

—Acuñó la moneda. ¿No hacían eso todos los reyes? ¿Qué tiene de especial?

—Al asumir la condición de califa —dijo Mustafá—, sumó el poder espiritual al político y militar. Durante un siglo, Córdoba disputó el liderazgo del mundo musulmán con Bagdad, la capital del califato abasí. La moneda cordobesa fue el símbolo de la importancia económica del estado.

—Mis conocimientos de historia son limitados —dijo Ariel—, pero ¿en esos tiempos Bagdad no era el centro del poder islámico?

—Era —respondió Mustafá. Se volvió a servir jerez, pero no cambió la copa ni convidó a Ariel. Por momentos se hacía arduo seguir los códigos del anticuario—. Sin embargo, Córdoba no tardó en superar a la madre patria en esplendor y cultura. Es posible que Abd al-Rahman no haya sido un gran jefe militar, pero su poder y prestigio eran irrefutables. Su fama excedió...

—Escuche, Mustafá —dijo Ariel, impaciente—, no me interesa la historia, en general, y menos aún del modo como la está contando. Quiero saber, si se puede, qué tiene que ver mi familia con esa moneda. Y no me ha vuelto a servir jerez.

—Disculpeme, tiene razón —dijo Mustafá, como si regresara de un largo viaje y el cambio lo hubiera descolocado más de la cuenta. Llenó la copa casi hasta el borde, pero retomó el

po; cientos de personas... En el escenario junto a usted, rodeándolo, mirándolo, tocándolo. Y justo cuando creí que ellos estaban allí, testimoniando las grandes verdades que usted predicaba, reparé en sus rostros; rostros de dolor, venganza, odio, desazón, soledad y desolación... y allí, en esa marea de cuerpos inexistentes, mi esposo apareció y descubrí que la voz grave y áspera era la suya. Y en ese momento lo comprendí; mi esposo, desde la muerte, me hizo comprender que usted ha hecho mucho daño a las personas, las ha embaucado a costa

de los pesares, del dolor y la soledad... Ellos son el verdadero sonido del silencio. Y usted, Daniel, ¡debe pagar! ¡Ellos vienen por usted!

En ese momento, un murmullo ensordecedor los envolvió y desde los rincones más alejados de la habitación emergió la oscuridad. Margarita suspiró complacida; se puso de pie y abandonó la habitación, dejando a Daniel, el "guía espiritual" de la congregación, tieso, pálido y a la espera de su condena.

© SILVANA RIMABAU, 2010.



SILVANA RIMABAU
(Argentina —Tigre, Buenos Aires, 1975—)

Diseñadora gráfica publicitaria, en el campo de la literatura se inició en la poesía, pero ahora se dedica a las novelas y a los cuentos que difunde por la Red. Su novela *Eterna oscuridad* se puede descargar desde el sitio de Papel Oscuro (www.papeloscuro.com/eternaoscuridad/) y su ciberbitácora es Horror desde la Eternidad (<http://horrordesdelaeternidad.blogspot.com/>).

EL HONOR QUE SE MERECE

CARLOS MORALES

A mi estrella y a mi sol.

*"El objeto de toda sociedad es el bien común.
No habrá pues orden social donde no haya principios
que rijan la acción pública"
(SIMÓN RODRÍGUEZ, maestro de SIMÓN BOLÍVAR).*

El anciano consejero se miró las manos. Un curioso ramalazo de cansancio le había cruzado el cuerpo como el filo de una daga. Una hartura. O un hartazgo, como se dijera. Se miró las manos viejas, arqueadas, arrugadas, marchitas. Luego levantó la cabeza con desgano. Y probó de los brazos de la silla y se alzó de ella fatigosamente.

El servicio al estado podía brindarle disgustos como aquel que acababa de pasar. Una jovencita protestona, pretendiendo incumplir las leyes y desoyendo su consejo, había terminado por aplastarlo psicológicamente antes de retirarse. Y probablemente ni siquiera se había dado cuenta de ello.

Una vez él fue uno de esos jóvenes inconformes, hambrientos de una libertad sin mayor sentido. Pero de eso hacía ya mucho. Se creía a salvo de los exabruptos, controlador de sus desasosiegos. Y sin embargo, en determinado momento, la energía rebelde de esa joven se había colado en su alma de viejo, rompiendo alguna cosa.

Arrastrando los pies, derivó hacia la salida de la pequeña cámara del

consejo. Un pitido en su oído le indicó que estaba olvidando apagar el contacto subcraneal con la computadora estado. Cantó en voz baja su nombre y número y extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba. La pequeña píldora blanca, el captador que le hablaba desde el estado, cayó en grácil parábola desde la cima de su cabeza hasta la palma y perdió brillo. El viejo la depositó en el alvéolo sobre el respaldo de la silla y se deslizó fuera.

Con la espalda encorvada y la mirada perdida en sus pensamientos, orientaba sus pasos por el curvado camino que llevaba a la zona de los vehículos cuando alguien lo llamó.

—Tú eres Juste Setentuno Alves.

El viejo giró el cuello y se sorprendió de ver a su lado a una bella mujer de cabellos negros, que le sacaba un palmo de altura.

—Sí. ¿Qué desea ustente?

—Hablairemos de tu retiro, Juste.

—¿Mi... retiro?

—Sí.

Se giró para verla mejor. Era alta, de rostro agradable pero no hermoso; delgada y de bella figura, vestía

atención en un enorme grabado de Escher.

—Es hermoso, laberíntico —dijo Ariel, señalándolo—. No soy un entendido, pero parece fuera de lugar.

Mustafá sonrió. —No tanto. ¿Acaso ignora que el artista holandés se inspiró en el arte árabe de Córdoba?

—¿Córdoba?

—El califato. Siglo x.

—Todos esos lagartos, peces y pájaros no parecen muy árabes que digamos. ¿Me equivoco si digo que el arte musulmán no representa figuras?

—Una simple sustitución técnica —dijo Mustafá—. En lugar de las figuras geométricas que se repiten para llenar la totalidad del campo, él usó animales. Pero la idea es la misma: encajar unas en otras para formar representaciones sólidas y al mismo tiempo ambivalentes. Todo está a la vista, pero el espectador no está obligado a verlo. ¿Le satisface la explicación?

—No se deje engañar por las apariencias, Mustafá —dijo Ariel, inesperadamente alegre. Esta vez rieron juntos. Junto a un recio escritorio de caoba había una silla de respaldo alto tapizada en pana morada. Mustafá la señaló indicándole que se sentara y Ariel no se hizo rogar. Después de todo, no la estaba pasando tan mal en la tienda del anticuario. Extirpó a Saúl de sus pensamientos y esperó el siguiente movimiento.

—¿Espléndido o Dios Baco?

Esas debían ser marcas de jerez, pero Ariel ya había dicho que no bebía, por lo que la ignorancia en la materia no sería interpretada como una falta de cortesía. —Cualquiera de las dos; mi cultura alcohólica es nula.

—Lo dijo; es cierto. Raro, ¿no?

—¿Raro? ¿Por qué raro? Nunca bebí. Y hasta donde llega mi memoria, ni mi abuelo ni mi padre bebieron jamás. Ni siquiera logro recordar qué botellas presidían las grandes mesas de los sábados por la noche, cuando los *paisanos* se reunían para comer y cantar. Tal vez tomaban algo de vino, pero sólo recuerdo botellas de soda y jaras de agua.

—Habrán perdido el hábito al emigrar a Europa Oriental —dijo Mustafá sin levantar la vista—; cuando sus antepasados vivían en al-Ándalus eran muy aficionados a estos caldos. —Sacó dos esbeltas copas de cristal y una botella de un chinero oscuro. Apoyó los tres objetos sobre el escritorio, descorchó la botella con un pequeño artefacto plateado y vertió jerez hasta que quedaron medio llenas—. Al beber este vino se ofrenda a los dioses, si se es creyente, o a la armonía y el equilibrio del universo, si se es ateo.

Ariel prefirió pasar del comentario. Estaba demasiado intrigado por las afirmaciones de Mustafá con respecto a sus antepasados. Los Mieses procedían de Leipzig, y jamás había sospechado un pasado andalusí. Eran askenazíes, no sefaradíes. Alzó la copa y contempló el líquido ambarino antes de mover el brazo hacia delante. —A su salud —dijo.

—A la de nuestros mayores —respondió Mustafá.

Ariel bebió un sorbo tratando de ordenar los pensamientos al mismo tiempo. Estaba seguro de que Mustafá hacía constantes alusiones al pasado porque estaba interesado en forzarlo a especular con tiempos y lugares bien definidos. al-Ándalus, el origen de los Mieses... El hecho mismo de que se hubiera tomado el trabajo de investigar su estirpe indicaba

un momento, el anticuario tomó la moneda no identificada entre el pulgar y el índice como si fuera una mariposa y la alzó hasta dejarla a la altura del ojo izquierdo—. ¿Cuánto quiere?

Dicho así, en seco, a Ariel le pareció una grosería. —No vine a venderla. Quiero conocer su origen. ¿No se lo dijo Saúl? Lamento hacerle perder el tiempo, pero...

El hombre se encogió de hombros. —No la quiere vender. Piensa que quizá las siete, unidas, cuenten una historia, o por lo menos marquen un itinerario, un camino que lleve a su origen, en algún punto. ¿Es por eso?

—No la quiero vender —repitió Ariel con un tono áspero, urgente; el deseo de recuperar la moneda y salir de allí convirtió sus palabras en un chillido aún más rudo de lo habitual en él—. ¿Me puede decir lo que me interesa?

El anticuario lo miró con una mezcla de curiosidad y desdén. Tal vez lo divertía la ansiedad de Ariel, pero en cualquier caso se preocupó por dejar en claro quién dominaba la situación. Dejó la séptima moneda entre las otras seis, un sistema solar en miniatura. —No se altere —dijo—. Pasemos a mi oficina; lo invito a tomar una copa de jerez. —Sonrió mostrando dos hileras de dientes tan blancos que herían la vista. El abrupto cambio de matiz desconcertó a Ariel. Estaba preparando una retirada violenta y el tipo giraba en el aire. ¿Podía ser una estrategia? Recogió las monedas del escritorio y se las guardó en el bolsillo.

—No bebo. ¿Puede decirme algo acerca de la moneda?

El otro demoró unos segundos en responder. Finalmente dijo:

—No puedo hacerlo así, sin más; no sin contarle antes ciertos aspectos

de la historia que la rodea, y eso no se resuelve con dos o tres palabras. Pero ante todo debo disculparme por mi descortesía; ni siquiera le dije mi nombre y no me excusa ser una persona solitaria y huraña. —Movió la mano con afectación, tocándose la barbilla y la frente de tal modo que los dedos se desplegaron en abanico como la cola de un pavo real y avanzaron formando un arco hasta quedar a pocos centímetros de Ariel—. Soy Mustafá al-Rahman al-Mahdi.

Ariel permaneció indeciso unos instantes, y luego estrechó la mano que se le ofrecía. Consistente como una roca, seca como el viento del desierto, pensó. Mustafá al-Rahman al-Mahdi, ¿de dónde salió este tipo? Y algo más extraño todavía, ¿cómo se vinculó con él Saúl Golstein, un judío fóbico que tiene una aversión patológica por los musulmanes?

—Ariel Mieses.

—Ya lo sé. Me lo dijo Saúl. Me habló de la moneda y que pertenecía a su abuela Jaike, que acaba de morir a los ciento seis años. Dios la tenga en la gloria.

—¿Esa es la fórmula?

Mustafá lo miró con divertida seriedad. —¿Por qué tendría que usar fórmulas? No se deje engañar por las apariencias, Ariel.

—Usted es musulmán. ¿No debió decir "Alá sea loado", o algo así?

—No se deje engañar por las apariencias —insistió el anticuario—. ¿Quién le dijo que soy *exactamente* un musulmán?

Ariel se dejó conducir a la tienda sin pronunciar palabra. Era una estancia espaciosa y lúgubre, a pesar de que estaba colmada de objetos valiosos o por lo menos llamativos. Mustafá acompañó la mirada de su visitante mientras éste fijaba la

en forma rara —una especie de segunda piel, pegada al cuerpo, negra pero con gajos de otros colores— y no tenía pies.

Juste pestañeó, mientras miraba al suelo. Las piernas de la mujer terminaban en una especie de nube, de un gris desenfocado, sobre un grueso plato —también gris— que se apoyaba en el camino. La miró a la cara.

—Disculpe, ¿qué es usted?

—Puedes llamarme Vega. Soy una interfaz del gobierno.

—¿De veras? —dijo el viejo, y retomó su marcha hacia los vehículos. Quería descansar—. Bueno, no sé qué motivo tienes para...

La mujer... no, la interfaz llamada Vega había roto la marcha a su lado, siguiéndolo.

—Hemos de hablar de tu futuro en la comunidad.

—¿Mi futuro? —dijo distraídamente el viejo, sin poder apartar sus ojos de los inexistentes pies de la muchacha.

Ella también caminaba, aunque sin pies. La nube permanecía ahí, pero el ritmo de sus pasos y la flexión de su cuerpo eran exactamente los necesarios para dar la ilusión perfecta de que estuviera caminando a su lado. Y la rodaja gris se deslizaba silenciosamente a un par de dedos de distancia del piso. Asombrado por el espectáculo, perdió el hilo de lo que le decía la interfaz.

—...leyes de los Entes Humanos, por lo que has de decidir...

—¿Es algún efecto óptico? —interrumpió él.

La muchacha pareció entender de qué hablaba.

—No, es algo más complejo. —Hizo una pausa y lo miró a los ojos con gesto interesado—. Ven, sube. Te mostraré algunas cosas.

Y la muchacha desapareció en la nube, que se reabsorbió. En cuanto a la rodaja, que tenía forma de domo plano, comenzó a desplegar unas tiras grises que tejieron un asiento en el aire.

—Siéntate.

Juste tocó con sus toscos dedos el entramado de cintas. Parecía sólido.

—¿Es segura esta cosa?

—Sube, anda —dijo la interfaz.

Apenas descargó su leve peso en el asiento, el artefacto lanzó más cintas que lo envolvieron y comenzó a moverse sin mayor esfuerzo. Corrieron por el sendero circular del recinto del consejo y penetraron por uno de los túneles.

El viaje fue agradable. Cambiaron de túneles con frecuencia y algunas veces, pocas, cruzaron algún ágora más o menos poblada con entes atareados en sus propios asuntos. Los bioentes y maquentes que se cruzaban con el viejo en su curioso vehículo no le prestaron atención, pero algún que otro ustente giró la cabeza sorprendido al verlo pasar.

—¿Adónde vamos?

—Ya casi estamos ahí.

Un último túnel los condujo frente a una puerta, que se deslizó a un lado al detectar su cercanía. La rodaja llegó hasta el centro de la nueva estancia y se apoyó en el piso, soltándolo de sus ataduras.

—Ya puedes bajar.

El viejo se apeó, algo adolorido. El cuarto era circular y difuso, no muy amplio. La iluminación era tenue. La muchacha volvió a aparecer y le habló.

—Estamos en el visor general de la colonia. Te mostraré algunas cosas, a ver si las recuerdas. ¿Qué me dices de esta música?

Unos acordes comenzaron a sonar, seguidos por una voz.

—Esa canción es "La otra puerta". Es mía —reconoció el viejo.

—Así es. La escribiste a tus diecinueve años tipo.

—Escribí muchas canciones en esa época. Me había dedicado a la música.

—Sí, pero ésta es la única que aún le agrada a la gente.

—¿La única?

El viejo miró suspicaz a la muchacha. Ella sonrió.

—Has tenido bastante suerte. Los gustos cambian. Es la única de tus canciones que aún permanece en las rutinas musicales de la colonia. Ya sabes que las que permanecen son las que inspiran sentimientos en las personas. La tuya lo hace.

—Hum. ¿Debo alegrarme por ello?

La interfaz caminó hacia el muro circular y se volvió hacia él.

—Mira a estas personas.

El muro se encendió en un cuadrilado. Varias cabezas, una en cada cuadrado, hablaban, gesticulaban o simplemente contemplaban algo. Eran todas personas adultas, aunque sus edades variaban. Había varios ancianos como él.

—A lo largo de tu vida —continuó Vega— te has vinculado a ellas y les has dejado algo bueno. Has de recordar a algunas, al menos.

—Sí... —El viejo se acercó a su vez al muro—. Allí está Erna, y esos son Deli, Mercel... y Omono. Hemos sido buenos amigos con Omono. ¿Qué ha sido de él?

—Ya no está con nosotros.

—Ah. Oh. Bien...

—Fíjate en éstos —dijo la muchacha, señalando a un grupo algo abigarrado—. No los conoces, pero ellos te deben su vida.

—¿Quiénes son?

—Recordarás la fuga de presión de 2178.

—Sí, claro. Yo ayudé a liberar la zona de desastre. Trabajaba en ingeniería entonces...

—Así es. Y te arriesgaste por ellos.

El viejo nada dijo, la mirada perdida. Los recuerdos se le apilaban en las entrañas.

—Nos llevó casi dos años hacerle caminar de nuevo —reveló la interfaz—. Ahora, observa esta zona.

Las cabezas desaparecieron, y el recinto completo se transformó en una vista tridimensional del espacio. Al fondo, un extremo del inmenso reflector de la colonia. En su borde externo, una aguja destacaba en alto brillo sobre un fondo de estrellas corriendo.

—El sistema de antenas de proximidad para el aterrizaje fue tu mejor obra en ingeniería. Ciertos estudios que hemos hecho nos aseguran que pasarán siglos antes de que estemos en condiciones de mejorar tu diseño.

—Vaya... Qué hermoso se ve eso...

Una lágrima se asomó a los ojos del viejo. La muchacha parecía enternecida.

—Las personas no saben qué tan bueno has sido para la colonia, pero yo lo sé.

—Bueno, yo... —dijo el viejo, la voz quebrada.

—Ahora, mira a esta gente.

Toda una nueva serie de cuadrados con cabezas se presentaron en el muro, frente a los húmedos ojos del viejo. Eran de diversas edades, y había jóvenes y niños.

—No sé quiénes son éstos.

—Son tus descendientes. Todos ellos. Incluyendo a esta muchacha, ¿la recuerdas?

—¡Qué buen negocio te hice hacer! Te pagué el doble de lo que valían. ¿Ahora estás interesado en vender las monedas? —Sólo faltaba que se restregara las manos y el estereotipo estaría completo. Ariel miró hacia otro lado. En la mesa vecina dos mocosas cuchicheaban y reían y eso lo hizo sentir peor; estaban fuera de su alcance. Terminó prefiriendo el rostro rapaz de Saúl a los escotes de las chicas.

—Ésta es la moneda —dijo Ariel sacando la pieza del portafolio. El joyero la tomó, la frotó con un paño y la hizo girar varias veces entre sus dedos.

—Si es por el oro... No pesa gran cosa.

—No me interesa venderla. Te lo dije desde un principio. Sólo quiero conocer el origen. —Ariel le hizo una seña al mozo para que le trajera otro café. Ni siquiera trató de ser gentil con el joyero, pero a Saúl no pareció importarle.

—Podría ser un *shekel* o un dinar, pero yo sé de metales preciosos, no de monedas. Tendrías que consultar con un numismático.

—Eso imaginé —dijo Ariel tendiendo la mano para recuperarla. Saúl cerró el puño.

—Puedo hacerlo yo.

—Dame la dirección. —Las palabras de Ariel salieron mordidas y sangrantes; de sus ojos brotaban corrosivos relámpagos; el brazo, rígido, presagió un golpe. Saúl leyó el mensaje y devolvió la moneda.

Tal como Ariel había imaginado, la dirección de la calle Defensa, frente a plaza Dorrego, pertenecía a una tienda de antigüedades. Entró receloso, convencido de que la tontería lo estaba llevando demasiado lejos. Lo me-

jor que podía hacer era sacarse la moneda de encima... Todas, en realidad, las siete, y podía darse por bien servido si le daban para una cerveza. Si las monedas valían algo, el anticuario se encargaría de tirar el precio abajo.

Paseó entre arcones, estatuas de ébano y mármol, lámparas, quinqués y apliques; bargueños y rincosneros, relojes de pie, cuadros opacos y arañas sucias como la mente de Saúl. Cuando llegó al extremo del salón, se detuvo ante un escritorio de estilo inglés que tendría por lo menos dos siglos. Esperó unos instantes y, cuando ya estaba dispuesto a irse, se movió una cortina y apareció un hombre flaco, de tez oscura y pelo renegrido. Los ojos hundidos en pantanos morados proveían a su mirada de una cualidad tensa y suspicaz. La barba exigua y bien perfilada, en cambio, hablaba a los gritos del apego a las tradiciones, suponiendo que eso significara algo. Ariel esperó no haberse equivocado.

—¿Sí? ¿Qué se le ofrece? —dijo el hombre.

—Soy... soy un conocido de Saúl Goldstein. Él me envió aquí... Hablo con usted la semana pasada, creo.

—Ah, sí, de Saúl. —El hombre pareció cobrar interés en el asunto de inmediato. Pasó junto a Ariel, se movió a lo largo del salón y cerró la puerta con llave. Cuando regresó, su mano de dedos finos y uñas bien cuidadas produjo un movimiento singular; fue como si cinco serpientes danzaran una melodía invisible. Ariel depositó las siete monedas sobre la palma y las serpientes se precipitaron sobre ellas, rozaron y cardaron, zarandearon, picaron y escarbaron. Una a una, seis de ellas fueron cayendo sobre el escritorio. Al cabo de

podía ser un zafiro o un ópalo, pero el conjunto no pagaba el viaje en taxi a la joyería. Bueno, el de ida tal vez, pero no el de regreso... Era una tontería pensar en hacer dinero aquellas baratijas. Aunque tal vez las monedas tuvieran valor numismático. Las miró con atención. Eran siete. A la abuela Jaime le gustaban las monedas, al parecer; no lo hubiera imaginado. Y a él le llamó la atención una de diez *zlotys* de plata de 1933 por lo bien conservada que estaba. En la moneda, el perfil de una exquisita polaca sin nombre, una mujer del siglo XIX que tal vez había conocido a Chopin, parecía desafiar al tiempo, retarlo a una lucha sin cuartel. Era evidente que ella vencería en la batalla. Había otras monedas llamativas. Un *lats*, 1924. ¿De dónde era eso? La hizo girar entre los dedos y leyó: "Latvijas Republika". ¿Lituania o Letonia? No tenía importancia. ¿Cuánto podía valer una moneda como ésa? ¿Cien pesos, mil, nada? Por lo visto la abuela no había sido una gran coleccionista... ¿Había rublos? Había. No, no eran rublos. Los caracteres cirílicos no eran fáciles de descifrar, pero eso debía ser "kopeks", veinte kopeks. Se estaba aburriendo. Monedas, estampillas; jamás se había sentido atraído por guardar objetos de ningún tipo. Iba a cerrar la caja cuando algo le llamó la atención de la más pequeña de las monedas, de bordes irregulares. Parecía de terracota, pero eso era producto del paso del tiempo; no era terracota, era oro. La acercó a la luz para observarla mejor y detectó unos signos que podían ser hebreos o árabes, pero de ninguna manera logró ver números o caracteres latinos. ¿De dónde habría salido esa moneda? Era, sin lugar a dudas, más vieja que las otras. Por más que se esforzó

no pudo determinar el origen. No era una moneda acuñada en Israel, porque en ese caso no tendría un aspecto tan vetusto. ¿Egipcia, siria? ¿Sería un dinar, un besante? Un besante no, porque, creía recordar, era una moneda bizantina. En ese caso estaría grabada con caracteres griegos. Curioso. ¿Cómo había llegado esa pieza a la caja de la abuela Jaime? Nunca lo sabría, o sí. Recordó a Saúl Goldstein; quizá pudiera obtener más información sobre la moneda llamando a Saúl.

Mientras esperaba a Saúl en un bar de Callao y Córdoba tuvo tiempo de arrepentirse. El interés del joyero no estaba vinculado a la amistad que se profesaban mutuamente; no tenía dudas de que alguno de los datos que él le había dado por teléfono despertó la codicia del otro y su premura por arreglar un encuentro personal derivaba de la posibilidad de hacer un buen negocio. Conocía a Saúl de la secundaria y ya por entonces Ariel consideraba que ésa es la clase de judío que fabrica antisemitas en serie.

El joyero no había cambiado casi nada desde la última vez que se encontraron, cuando por culpa de una deuda de juego Ariel necesitó vender algunas alhajas de su madre. Para no recordar eso se concentró en Saúl y le estrechó la mano flácida y húmeda que el otro le tendía.

—¡Tanto tiempo! —dijo Saúl. Tenía aspecto de ratón, mirada esquiva y la nariz torcida, seguramente producto de una regulación de honorarios.

—No tanto —respondió Ariel—. Te vendí unas cositas de mi mamá hace como diez años, antes de irme a vivir a Montevideo —agregó sin necesidad. La herida volvió a sangrar.

Una de las cabezas se amplió en desmedro de las otras. El viejo se enjugó la cara con la manga de su blusa, secándose las lágrimas.

—Me parece recordarla, pero no estoy seguro...

—La has recibido en consejo hace una hora y seis minutos.

Juste abrió los ojos.

—¿La protestona?

Vega se apartó de la pared y caminó hacia el centro de la estancia.

—Sí. Se llama Ana Martín. Descendiente tuya en cuarta generación. Una muchacha notable; tengo grandes planes para ella. Pero ahora síntate; tenemos que hablar.

Un mullico e invitador sillón brotó en el centro del círculo. El viejo miró a la muchacha, que estaba cruzada de brazos y le devolvía la mirada. No pudo leer en esos ojos intención ni intereses. Es sólo una interfaz, se dijo. No puedo leer en ella como en una de las personas a las que aconsejo. Y no tengo el captador para que me ayude, recordó.

Se arrimó y descargó sus huesos sobre el asiento con un suspiro.

—Como antes te dije, hemos de hablar de tu futuro en la comunidad —comenzó la muchacha, caminando a su alrededor mientras hablaba—. Has llegado al momento vital en que te conviene dejar de ser humano. El estado cumple las leyes de los Entes Humanos, por lo que has de decidir si seguirás sirviendo a la comunidad como un ente no humano, o si prefieres simplemente dejar de ser y participar del universo como materia y energía, y ya no como un ente.

Volvió a escucharse entonces la canción, su canción, la única canción decente de Juste Setentuno Alves, escrita cuando era apenas Juste Diecinueve Alves.

—La Entente considera que has pagado ya con creces tu deuda original, en usufructo de la cual te has desarrollado desde tu nacimiento; también considera que con tu desempeño durante tu vida activa has cubierto razonablemente los costos de tu manutención y diversas curaciones, incluyendo aquel percañón por el que perdiste ambas piernas. Desde el punto de vista de tu contribución material a la humanidad, entonces, tus cuentas registran haberes.

La muchacha seguía caminando en círculos mientras el viejo rumiaba sus palabras, con cierta consternación en el semblante.

—Relacionalmente, también estás en buena condición. Tu trato ha sido difícil durante tu etapa activa, pero como consejero tus juicios se han mostrado certeros y bastante útiles a varias personas. No has sido nunca muy querido, pero conseguiste cierto respeto por tus valores y se ha podido confiar en ti. Actuaste como un ente ordenado, correcto, minucioso y equilibrado las más de las veces. Eso es bueno y se ha tomado en cuenta para considerarte como válido, según las leyes de los Entes Humanos, para ofrecerte la posibilidad de morir.

La muchacha detuvo entonces su marcha, justo frente a los incrédulos ojos del viejo sentado en el sillón.

—¿Morir? ¿Dejar de estar vivo, dices?

—Así es. Estás en franco deterioro ya y no volverás a ser útil como hasta ahora. Tus cuentas virarán al rojo con rapidez. Lo correcto según las leyes es cesarte hoy, para bien de la Entente en conjunto.

—De modo que tengo que morir...

—Morir, o dejar de ser humano. —Ella se inclinó hacia él, con cierta ternura en su rostro—. Debes decidir, según las leyes. Te advierto que se te hace un honor al dejarte escoger, un honor que te has ganado por tu notable dedicación a la Entente.

—Ah, ¿de veras? ¿Y quién decide tal cosa?

—Tú tienes que decidir, entre morir o...

—No hablo de eso, máquina tonta. Hablo de quién decide que estoy en franco deterioro.

La muchacha se alzó de nuevo. Su gesto no había cambiado.

—No soy una máquina, y no soy tonta. No hay que decidir que estás en franco deterioro; es un hecho. El estado lo dice; eso es todo.

—Pues yo no estoy de acuerdo; eso es todo —dijo él, empecinado.

Ella sonrió, divertida.

—Aquí no sirven esos acuerdos tuyos. Tú has firmado a los doce años tipo la cesión del manejo de tu bienestar y seguridad personal en favor del estado social, quien se comprometió a cuidarte según su leal saber y entender. El estado dice ahora que tú estás en franco deterioro, y que se debe rescindir contigo el contrato celebrado antes de que sea perjudicial tanto para ti como para la comunidad. Eso es todo —dijo esto último remediando la voz del anciano.

—Tú eres el estado; no eres más que una computadora. —El viejo cerraba y abría sus puños, mirando al suelo—. Ninguna máquina me dirá lo que debo hacer.

La canción, su canción, seguía sonando como fondo.

—Yo no soy el estado; soy una interfaz. Yo soy la Entente.

—Tú no eres más que... ¿Qué... qué has dicho?

—Yo soy la Entente. Soy la interfaz entre el estado y los entes de la comunidad.

El anciano la miró de nuevo. La mujer se había transfigurado a sus ojos.

—Explícame eso. Por favor —agregó.

Ella sonrió con simpatía y se agachó. Un asiento brotó de la nube y la recibió; la mujer cruzó una pierna sobre la otra. El que programó esa interfaz es un genio, se dijo el viejo.

—Bien, te explicaré brevemente. Pero luego decidirás tu futuro.

Juste se repantigó en el sillón, molesto.

—Ya veremos.

—Sabes que la Entente se compone de tres categorías de entes: los humanos o ustentes, los sintéticos o bioentes y los metálicos o maquentes. Cada categoría cumple con diferentes actividades para la colonia, las más apropiadas para cada grupo. Lo que no sabes, y jamás podrás decirle a nadie, es que los otros dos tipos de entes han sido humanos alguna vez.

—Eso es... mentira, es imposible...

—No, no es mentira y no es imposible. En el estado de nuestra tecnología nos resulta por completo impracticable el generar un cerebro lo suficientemente complejo para darle libre albedrío y poder no obstante confiar en él. Necesitamos a los bioentes, y la única manera de que resulten perfectamente útiles es otorgarles el cerebro de un humano. Tu cerebro, por ejemplo.

El viejo se alzó en su sillón, tirando de los apoyabrazos con sus manos.

—¿Me estás diciendo que esos androides de plástico vivo son humanos?

albergaba esperanza alguna de que eso ocurriera en el futuro. Una piedra no habría resuelto nada.

—No hay gran cosa, ¿entiende? —dijo el administrador del geriátrico. Era como cualquier otro hombre; Ariel estaba seguro que se olvidaría de su rostro al salir de allí, a más tardar al día siguiente. Se llamaba Ángel Spiler y se había mostrado amable, o por lo menos tan correcto que casi parecía amable.

—No vine a buscar... cosas —dijo Ariel, tratando de no sonar desagradable. Sonó desagradable, por supuesto; siempre se las arreglaba para hacerlo.

—Pero hay algo —dijo Spiler, como si hablara para sí mismo—. Su abuelita guardaba algunos objetos en una caja y, si bien no creo que haya algo de valor allí, es posible que conservara objetos importantes desde el punto de vista afectivo, ¿entiende? Algún anillito de su mamá, unos gemelos de su papá...

Ariel miró a Spiler con resignación. El hombre se sentía bien haciendo su trabajo. Demostraba ser honesto, confiable. Ariel no tendría más remedio que aceptar que le estaba ofreciendo la caja aun cuando él ni siquiera conocía su existencia; podría no haberlo hecho. Nadie la hubiera echado de menos.

—De acuerdo —dijo—; veamos la caja.

La caja era una lata redonda de galletitas Bagley. Ariel calculó que debía tener como mínimo la edad de él. Recordaba latas como ésa. Medio siglo atrás la gente las llevaba como obsequio cuando iba de visita.

—Le aclaro que no sé qué contiene...

—Está bien, Spiler. Abra la caja.

—No, ábrala usted, si quiere. O llévesela. No le cambia nada porque si había un montón de joyas y yo las robé... ¿Entiende? —Spiler sonrió. Le faltaba el colmillo inferior derecho y tenía un diente enfundado en plata—. Imagínese si aparece algo que lo hace lagrimear como un crío. Yo soy una persona sensible y estas cosas me conmueven.

Ariel se convenció de que el administrador era un imbécil, pero sin embargo dijo: —Tiene razón. Puede llegar a ser muy emocionante. La abriré en casa.

No estaba ansioso por abrir la caja. Pero tampoco tenía nada mejor que hacer. La puso sobre la mesa, acercó una lámpara y se tomó su tiempo. Sin saber por qué pensó en las débiles luces de las casas que se ven cuando uno va por una ruta, en medio del campo. Rodeó la lata con las dos manos y apoyó los pulgares debajo de la tapa.

La tapa salió más fácilmente de lo que había supuesto. Por lo visto la abuela Jaike debía abrir y cerrar la lata con frecuencia y la tapa se había ensanchado. En cambio no lo sorprendió que dentro de la lata hubiera infinidad de pequeños paquetes. Algunos eran rectangulares, otros cuadrados y unos pocos ovalados. Todos tenían envoltorios de papel amarillo y estaban atados con hilo de coser de diversos colores. Desamarró uno y vio que era un cofrecito de plástico celeste; levantó la tapa y se encontró con dos pequeñas lágrimas de cristal. Una fantasía, pero antigua. ¿Podía valer algún dinero?

Tardó media hora en abrir todos los paquetes. Había anillos, monedas, aros, dijes. Cuatro o cinco gramos de oro, a lo sumo. Alguna piedra

POR EL VALOR DE UNA MONEDA

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Quando uno ha pasado los sesenta, el fallecimiento de una abuela no produce un pesar insoportable, es cierto, pero la insensibilidad extrema tampoco es natural. Finalmente la vieja se murió, se dijo Ariel; ciento seis años no son pocos; incluso había sobrevivido a todos sus hijos. ¿Acaso no era hora de que sucediera? La reflexión era agria, casi vulgar, aun para consumo interno. ¿Agria? ¿Vulgar? No estaba orgulloso de sus sentimientos, pero eso tampoco lo convertía en culpable de un crimen. Por lo menos estaba seguro de que no la había asesinado...

Ariel había recibido un telegrama del geriátrico y como único descendiente vivo tenía la obligación de ir a hacerse cargo de... del asunto. Se sentó y empezó a rascarse la cabeza; ¡maldita seborrea! Entre sus planes no figuraba perder el tiempo con honras fúnebres y la idea misma de quedarse más de diez minutos recibiendo condolencias y palmadas de fingido afecto de parte de primos lejanos, a los que no había visto jamás, le revolvió las tripas. Por otra parte, la relación con la abuela Jaike, una

mujer hurafia, casi analfabeta y más mala que un gato montés, siempre había sido fría, distante. Ni siquiera le pasó por la cabeza la posibilidad de que la vieja le hubiese dejado dinero o alguna clase de valores. Todo lo que había se puso en su momento, cuando él era un muchacho, para que la Mutual se hiciera cargo del pago del geriátrico; un pésimo negocio para ellos, ya que Jaike les había roto todos los promedios viviendo muchos más años de lo que convenía. Lo siento, paisanos, reflexionó; se gana y se pierde.

Ariel se acercó a la ventana y contempló el paisaje. Ya no conocía la ciudad. Había vivido casi diez años en Montevideo y nada de lo que reflejaba la quietud de la tarde era verdadero para él, salvo lo primario: vidrio, cemento, ladrillos, cuerpos corriendo de regreso a sus hogares y las almas heridas, atrás, tratando infructuosamente de alcanzarlos.

Intentó encontrar un objeto para arrojar y romper algo del otro lado de la ventana, pero fue inútil. Lo asaltó la noción, siempre soterrada, de que nunca había amado a nadie... y no

—No, no son humanos ya, pero lo fueron. Al menos su cerebro, su mente, lo fue.

—Pero... eso que me explicas es espantoso...

—No, no lo es. La inmensa mayoría de las personas aceptan su destino cuando les es informado. Tu propio amigo Omono es hoy uno de ellos; actúa en el sector de recepción de cargas asteroideas.

—¿Omono? ¿Lo has...? ¿Qué le has hecho?

—Le he explicado, cuando llegó su momento, que debía continuar su participación en la comunidad como un ente no humano. Y lo ha aceptado. Entonces lo hemos sometido a una serie de transformaciones. Retirado su complejo nervioso del cuerpo, lo hemos instalado en un androide pregenerado y le hemos ido reemplazando molécula a molécula el tejido nervioso y cerebral, manteniéndolo en estado suspenso y conectado al estado, que regulaba los recursos para no perder nada de la integridad mental de Omono.

"Al tiempo debido, tu amigo se reintegró a la comunidad como bioente. Su inteligencia se ha mantenido, así como su percepción de sí mismo y su capacidad para comunicarse y obrar. Pero ya no es humano, sino un bioente montado bajo un esquema humano. Como tal no tiene sentimientos ni intereses, no posee curiosidad ni temores, no sufre desengaños ni pena por abandonos o confusiones internas de su espíritu. No tiene personalidad, sino dedicación a los demás. Es un mecanismoseudobiológico perfectamente capaz, confiable e imparcial.

—¡Es un monstruo! ¡Lo has convertido en un monstruo! —gritó el anciano, y tosía luego largamente.

Vega esperó a que se recuperara. Metió luego una mano bajo la nube y extrajo un paño, que le tendió para que se secara las lágrimas y se limpiara las narices.

—Anciano, escúchame. A todos los fines, Omono ha muerto. El cerebro artificial que fue trazado según su esquema mental no es más Omono que el recorte de sus uñas, o que el residuo de sus cabellos cuando un bioente de servicio personal se los cortaba a tu amigo. Pero durará con suerte unas veinte décadas, y hará por la comunidad muchas tareas imprescindibles. Es un buen final para un ente humano. Y cuando sus sinapsis copiadas de Omono comiencen a presentar errores, simplemente transferiremos el cerebro artificial a un maquette, que por su programación altamente redundante y muy breve y simple podrá aprovecharlo bastante tiempo más.

El viejo nada dijo. Terminó de limpiarse y arrojó el trapo al suelo con un gesto de desprecio. Vega recuperó el trapo y lo guardó nuevamente bajo la nube. Luego lo miró largamente a los ojos, de tal manera, que el viejo no pudo sostener la mirada.

—Omono vivió una buena vida, y tuvo aciertos y errores para con la comunidad, igual que tú. Pero sus cuentas no dieron tan bien como las tuyas, y por eso no ha recibido el honor que tú sí recibes: el de decidir, cosa que harás en este instante.

"El estado cumple las leyes de los Entes Humanos, por lo que has de decidir si seguirás sirviendo a la comunidad como un ente no humano, o si prefieres simplemente dejar de ser y participar del universo como materia y energía, y ya no como un ente. Actúaste en forma ordenada,

correcta, minuciosa y equilibrada la más de las veces. Eso es bueno y te ha hecho válido, según las leyes de los Entes Humanos, para ofrecerte la posibilidad de morir.

—De modo que tú decides, Juste Setentuno Alves: dejas de ser humano, o mueres.

—Máplinas. ¿Acaso no es lo mismo?

Ella sonrió ahora, pícara.

—Vamos, Juste... ¿Lo consideras lo mismo? ¿Olvidas la señalada contribución que podrías hacer a la comunidad como un ente no humano?

Él no hizo gesto alguno, pero se dijo, para sus adentros: no, no es lo mismo.

—Prefiero morir.

Ella seguía sonriendo.

—Mátame, maldita sea —protestó el anciano—. ¿No querías que decidiera? Mátame y ya. No seré uno de tus títeres de plástico vivo.

—Te conozco, viejo. Estás más interesado en ganarme esta discusión que en dejar realmente la comunidad sin tu auxilio como no humano. Por eso te diré una última cosa, la más secreta de todas.

—No me interesa.

—Te interesará. Como humano, sabes que necesitas sueño, ocho de cada veinticuatro horas tipo. Hay un motivo para que así sea; el ser humano proviene de un planeta que tenía ese régimen entre noche y día, para tu conocimiento. ¿Entiendes?

—Hum.

—Tú sabes que los bioentes cumplen también con ese régimen, pero no por el mismo motivo. Durante ocho de cada veinticuatro horas se meten en sus cápsulas de restitución; allí se los revisa, limpia y restablece. Pero sus cerebros, sus mentes, no

quedan sin aprovechamiento. Cuando sus pseudopersonalidades individuales se desconectan, sus patrones mentales pasan a ser interconectados entre sí. Con la recombinación de las potencias mentales de todos los bioentes en reposo, un tercio del total en promedio cada vez, y el auxilio de la computadora estado como ordenador, se genera una Gestalt que me sostiene a mí, Vega, la Entente.

Juste abrió los ojos, asombrado a su pesar. La bella mujer lo miraba con orgullo y con amor a la vez; podía jurarlo.

—Así es, anciano. Yo soy la corporización mental de un tercio de los bioentes de la colonia. La Entente, yo misma, me convierto entonces en un regente artificial, pero montado bajo un esquema humano. Como tal, no tengo sentimientos ni intereses, no poseo curiosidad ni temores, no sufro desengaños, pena o confusiones internas. No tengo una personalidad que me domine, sino pura dedicación a los demás. A todos los entes, de los que formo parte y me forman. La mía, la nuestra, es una regencia perfectamente capaz, confiable e imparcial.

—Si acaso me preguntas, no creo que haya mejor destino para un ente humano que formar parte de una comunidad de segunda especie como yo soy. Una comunidad completamente dedicada a la comunidad. Si decides dejar de ser humano, serás la Entente cada ocho horas de tu tiempo. Y te convertirás con ello en una parte constituyente del gobierno más humanista que ha existido jamás.

Ella calló y esperó.

El viejo parecía muerto, de no ser por su respiración algo ruidosa. Dentro de él bullían los recuerdos, la rabia, la desazón, el temor.

Entonces meditó. Y poco a poco, una extraña calma comenzó a inundarlo. ¿Qué eran sus recuerdos, su rabia, su desazón, su temor? ¿Qué otra cosa eran, sino él mismo?

Luego de largo rato, miró a la mujer a los ojos. La serenidad no había huido de él, ni tampoco la breve sonrisa de los labios de la muchacha.

—Elijo morir.

Ella le mantuvo la mirada, asintió con la cabeza y se apeó de la silla vir-

tual. Él supo que todo había terminado y pujó por levantarse —con la poca altivez que le quedaba— del mullido sillón, pero la muchacha le hizo un gesto, se acercó y lo alzó en brazos, encaminándose hacia la puerta. El contacto con su piel era asombrosamente real y confortante.

—Dice Omono que no esperaba otra cosa de ti.

© CARLOS MORALES, 2010.



CARLOS MORALES
(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

En **NM** publicó "El huésped" (# 5) y "Contacto material" (# 13). Este cuento —que se desarrolla en el mismo universo que el último citado— fue galardonado con una mención en el I Concurso "Ciencia Ficción y Vocación Humana", organizado por el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, de la Fundación Vocación Humana, y la revista **Próxima**, de Ediciones Ayarmanot.



PROXIMA
es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

Consíglala en:

* CLUB DEL COMIC:
Montevideo 255, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Corrientes)
Tel.: 4375-2323

* EL BANQUETE LIBROS:
La Pampa 2508, Belgrano, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Cabildo)
Tel.: 4789-0070

* LIBRERÍA LOS HERMANOS TANNER:
Av. de Avellaneda 306, Caballito, Capital Federal
(Casi esquina Campichuelo)

